

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



PEGARD, SO.

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 205.—SÁBADO 29 DE ENERO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE ENERO.

El distintivo especial que ha señalado en nuestra sociedad matritense el primer mes del año de gracia 1853, ha sido afortunadamente,—y tenemos un verdadero placer en consignarlo aquí—el más conforme con los preceptos evangélicos, el de la fecunda y sublime caridad.

Tomando como siempre la iniciativa de este piadoso ejemplo, nuestra augusta soberana acogió bajo su protección y asistió el primer día del año en el templo de Atocha á la solemne instalacion de la asociacion titulada de la *Santa Infancia*, que tiene por objeto recoger y educar á las infelices criaturas abandonadas por sus padres en pueblos infieles; creacion altamente religiosa y filantrópica, que ofrece ya excelentes resultados y tiene su centro en la capital del imperio vecino; digna continuacion de la obra grandiosa y meritoria de los *Vicente de Paul* y *Calasanzs*.—Entre tanto otras hermandades religiosas y filantrópicas celebraban, segun costumbre, la entrada del año nuevo, agasajando y consolando á los infelices enfermos acogidos en los hospitales, á los niños espósitos y á los presos de las cárceles, con abundantes comidas, limosnas y festejos; otras, como la Junta municipal de beneficencia, la de la Caja de ahorros y la del Monte de piedad, formaban sus piadosos balances de operaciones en el año último, para presentar al público un cuadro verdaderamente admirable y consolador; y la de ilustres señoras á cuyo cargo corre la casa de espósitos y el colegio de la Paz, realizaban y dirigian en el inmenso salon del conservatorio de artes la rifa colosal de innumerables preciosos objetos regalados á este fin por ellas mismas, y que durante muchos dias ha llamado á aquel recinto á todas las clases de la sociedad madrileña, ha ofrecido el magnífico cuadro de la bondad y la grandeza con las sagradas al servicio de la orfandad y la miseria, y ha dado, en fin, el importante resultado de cerca de medio millon de reales con destino á aquellos piadosos asilos.

—Por último, el domingo 16, Isabel II y su real familia, rodeada de las mas altas corporaciones y funcionarios, colocaba con sus manos la primera piedra del hospital que ha de llevar el nombre de la augusta Prin-

cesa de Asturias, y ha de alzarse en memoria de un señalado favor recibido del cielo por estos mismos dias en el año último; tributo sin duda mas acepto á los ojos de la Divinidad que el que en casos semejantes la hubieran ofrecido los monarcas sus antecesores fundando un nuevo convento, ó celebrando un sangriento auto de fé en aquella misma llanura estramuros de la puerta de Fuencarral, y que aun por este motivo conserva el nombre de la Cruz del Quemadero.

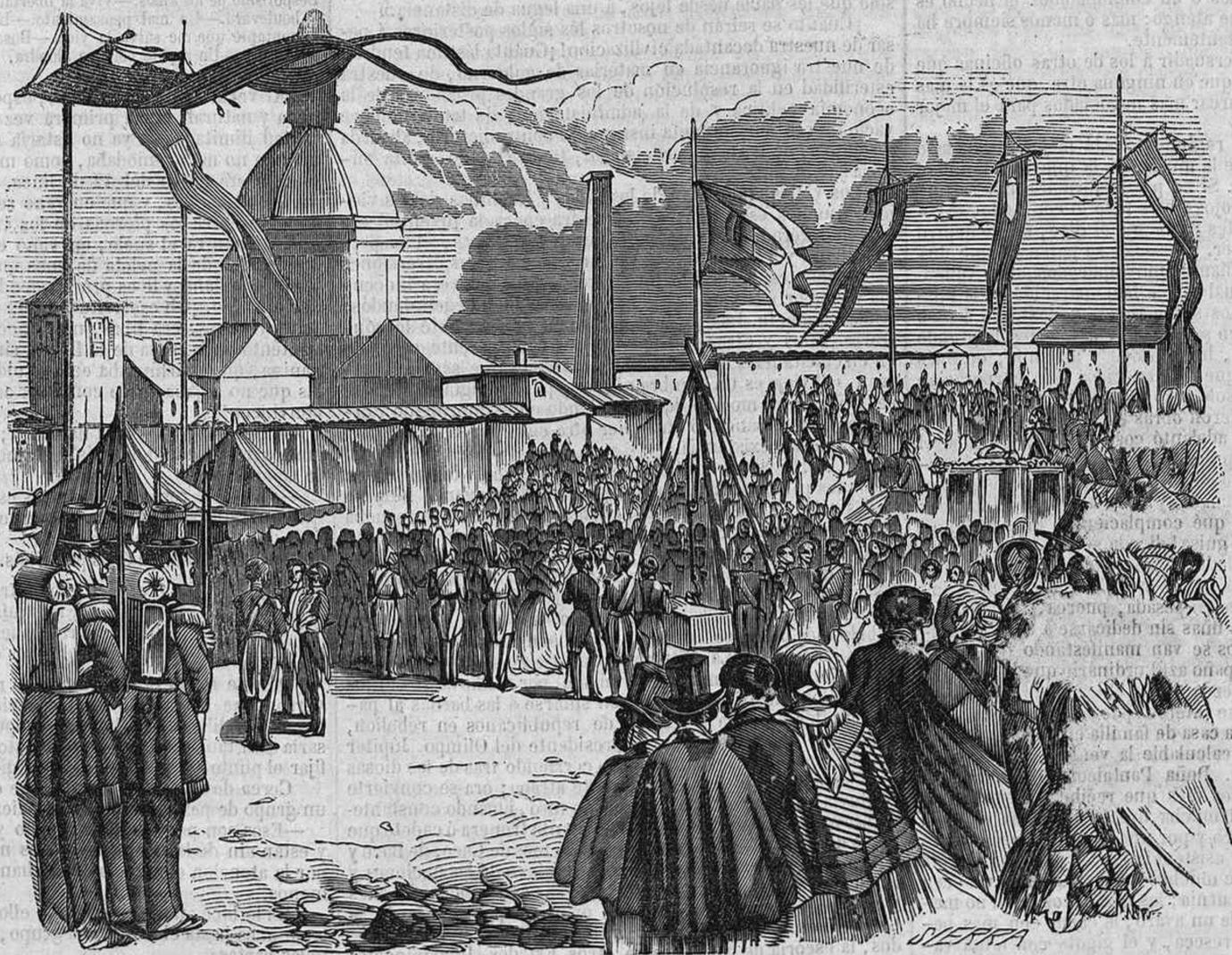
Descendiendo de las elevadas regiones de la caridad á las terrestres y agitadas de la vida política, no puede negarse tampoco al mes que termina un carácter ó fisonomia especial; baste decir para convencerse de ello, que por lo político ha sido mes de uniones corteses, de convites diplomáticos, de retiradas estratégicas, de profundas cortesías y de despedidas á la francesa;—que por lo cándido ha sido mes de candidaturas, y por lo verídico y sincero, mes de alocuciones, manifiestos, programas y profesiones de fé;—que en la órbita del supremo gobierno ha habido sus correspondientes apariciones y eclipses de planetas, trasiego de carteras, equilibrios gimnásticos y mástiles de cucaña;—que la reunion cotidiana al suntuoso salon á cielo abierto titulado *calle de la Montera*, han estado animadísimas y fervientes, á despecho de los hielos de la estacion y de las ventiscas del Guadarrama; y que los suscritores á los periódicos *diarios* han tenido que contentarse con recibirlos *tercianarios* y henchidos de un elocuente silencio, merced á un novísimo arreglo de este negociado de la libertad.

Las letras han tenido tambien en este mes sus dias de fiesta y sus dias de luto, contándose entre los primeros los domingos 9 y 23 en que tuvieron lugar las recepciones académicas de los señores Olózaga y Lafuente, cuyos dos excelentes discursos históricos y las contestaciones de los señores Martínez de la Rosa y Cabanilles, cautivaron la atencion de la ilustrada concurrencia, mereciendo después el aplauso general de los lectores: y la noche del 20 en que se reveló al público madrileño una nueva estrella en el horizonte dramático en el joven D. Luis Eguilaz, autor de la preciosa comedia titulada *Verdades amargas*, representada con extraordinario acierto en el teatro de Variedades. Los dias de luto pueden reasumirse en el sábado 8, en que falleció el eminente poeta D. Juan Nicasio Gallego, una de las primeras lumbreras de nuestra literatura contemporánea; uno de los testimonios vivos é insignes de la gloriosa época de lucha por la independencia y libertad.—Los altos cuerpos del clero, del estado, de las letras y las artes, á que con tanta gloria habia pertenecido el difunto, acompañaron el cadáver á la última morada, y asistieron á los honores fúnebres que la religion celebró por su alma.

No ha sido sola la muerte del señor Gallego la que ha tenido que lamentar la sociedad madrileña en este mes de las pulmonías y las congestiones cerebrales. Solo del Senado recordamos otras cuatro: las de los señores marqués de Peñaflores, Jimenez Navarro, D. Alonso Pacheco y marqués de Montevirgen, y en proporcion las demás clases consignaron

tambien su tributo en la página necrológica del *Diario de Madrid*.

Esto no obstante, y á pesar de las enfermedades y defunciones, y contra las nieves y vientos del temporal, y en medio de las agitaciones políticas, y al través de las maniobras, minas y contraminas electorales, y á despecho de los triunfos académicos y teatrales del ingenio, y frente á frente de los ejercicios piadosos de la Religion y la filantropía, la parte mas ó menos juvenil y bulliciosa de nuestra sociedad ha hallado medio, sitios y momentos en que pagar amplio tributo á la diosa del Carnaval, y desde los regios salones de la plaza del Senado hasta las mas modestas reuniones de familia; desde el suntuoso teatro oriental hasta el enciclopédico edificio de la calle de Capellanes, han abierto sus puertas á la festiva Terpsícore, han resonado con los bulliciosos compases



Colocacion de la primera piedra del hospital de la Princesa.

de la polka y la redowa; han dado lugar á los misteriosos dramas y peripecias que forman los eslabones de nuestra cadena social.

Pero en medio de todos estos sucesos y afecciones locales, otro acontecimiento de la mas alta importancia ha venido á absorber en los últimos dias del mes la atención general, escitando las mas vivas simpatías en la sociedad madrileña; y aunque íntimamente relacionado con ella, este acontecimiento (que reasume el interés de nuestra crónica mensual) no ha tenido lugar en Madrid. Ya adivinarán nuestros lectores que aludimos al matrimonio que á estas horas se habrá celebrado, del emperador de los franceses NAPOLEON III con la bella y distinguida jóven CONDESA DE TEBÁ, DOÑA MARIA EUGENIA DE GUZMAN Y PORTOCARRERO, esta perla de nuestra aristocracia española, en cuyos maternos salones de la plazuela del Angel, acostumbraba á reunirse lo mas brillante y distinguido de la sociedad madrileña por su elevada clase ó por su alta posición política, por el brillo de la belleza y de la fortuna ó por la aureola literaria y artística, en aquellos inolvidables bailes y festines honrados á las veces hasta con la presencia de las personas reales, y que por su ostentación, elegancia y belleza podían sostener la comparación con los primeros y mas celebrados salones de Europa. Un suceso histórico de esta magnitud, recayendo en una compatriota nuestra, persona tan simpática y relacionada en una corte, ha producido un sentimiento general de satisfacción, y todo el círculo conocido por la buena sociedad, recibe con vivísimo interés las noticias referentes á un acontecimiento que lisonjea al amor patrio, recuerda con placer hasta las mas mínimas circunstancias de la infancia y juventud de la bella Emperatriz, y se complace en encomiar su hermosura y su talento, lo ilustre de su cuna, y lo espléndido de sus títulos y estados.—Con efecto, bajo todos aquellos aspectos nada tiene que envidiar MARIA EUGENIA á ninguna de las princesas alemanas que la política designaba como futuras esposas del emperador de los franceses. Descendiente y heredera de los Guzmanes, Portocarreros, Leivas, Fernandez de Córdoba, Enriquez y Lacerdas, por los unos está entroncada con los antiguos reyes de Castilla y de Portugal; por los otros deriva su sangre de la de los héroes de Tarifa, de Cerinola y de Pavia; los vireyes, los cardenales, los almirantes, los generalísimos y conquistadores de Europa y América, figuran en su árbol genealógico durante una larga serie de siglos; sus estados de Teba, de Ardales, de Mora, de Moya, de Usera, de Abitias, de la Calzada y Santa Cruz de la Sierra, bien pueden sufrir la comparación con los que forman algun principado alemán. Su belleza, en fin, discreción y gallardía, no necesitaban para brillar el esplendor de un trono. La Providencia pues, que sin duda la destinaba al primero de Europa, quiso reunir tan elevadas dotes en una misma persona, y la puso luego delante del que instintivamente habia de tenderla la mano para subir á él.

EL CRONISTA.

UN FLACO,

6

FLAQUEZA DE LOS HOMBRES Y DE LAS MUGERES.

Uno de los caracteres distintivos de la especie humana es la murmuración, y también la maledicencia. No entraré ahora á investigar cuál sea la causa de esta pasión dominante: el orgullo, el amor propio, la envidia, la poca caridad, el odio, el desprecio, los instintos de burla y de crítica, ó cualesquiera otras causas aisladas ó en combinación: el hecho es indudable, y á esto solo me atengo: mas ó menos siempre ha sido así y continuará constantemente.

El empleado procura persuadir á los de otras oficinas que en la de él se trabaja mas que en ninguna otra, que es la mas importante y que debe abarcar mas negociados para el mejor servicio público.

El militar cree que su regimiento está mejor organizado que todos los demás, y que la música es la que toca también mejor que cualquiera otra. Si no puede afirmarlo tan rotundamente porque sucede á ojos vistas todo lo contrario, se esfuerza en sostener que antes fué como él dice, ó que dentro de poco tiempo llegará á ser. El escolar se persuade que durante su carrera hay estudiantes muy aplicados, muy valientes y de mucho talento, cual nunca han aparecido en la misma universidad: concluidos sus estudios y dedicado á otro género de vida, cree que en su época hubo jóvenes de grande mérito, hubo diversiones, hubo unión y armonía; después ya se concluyó todo. El que perteneció á una corporación pretende demostrar que solo bajo su presidencia, administración ó gestiones se hicieron obras de provecho y utilidad: posteriormente ya no se adelantó cosa alguna; se acabó el espíritu de cuerpo, no se presentaron mas proyectos ni mejoras. La criada de servicio entra en una casa: en los primeros dias ella y los amos están muy contentos; ¡qué limpia es la muchacha, qué viva y qué complaciente! dice el señor: ¡qué dispuesta y qué bien guisa! dice la señora. A poco, quizá antes de un mes, la criada murmura de los amos y estos reniegan de la criada. Ellos se hacen molestos, ridículos, impacientes; ella se convierte en pesada, puerca, torpe, corta de comprensión y larga de uñas sin dedicarse á tocar la guitarra. Sirvientes y servidos se van manifestando recíprocamente los defectos, como paño azul ordinario que luego blanquea. A esto se agrega á veces que la chica es de buena cara y de malas obras; el amo se interesa por ella y el ama se encoleriza, y se trasforma una casa de familia en campo de Agramante. Por lo cual es incalculable la ventaja de mudar de criados cada quince dias. Doña Pantaleona tiene casa de huéspedes; en los primeros dias que recibe á alguno ¡qué atención, qué amabilidad! mucha limpieza, buena comida, esmero en todo. Poco á poco y por una gradación ascendente la dueña va descuidando la asistencia de los pupilos: un dia la sopa tiene más humo que muchos necios que se envarrecen con la antigüedad de su alcurnia; los garbanzos están no menos duros que el corazón de un avaro; la carne con mas pellejos que los de una vieja reseca, y el gigot con tanta variedad é ingredientes que parece una arca de Noé. Las sábanas de la cama van permaneciendo mas tiempo en ella, y á veces sucede que no se mudan con las almohadas, presentando así

una diversidad de colores algo chocante. En fin, se representan todas las escenas de una casa de huéspedes, para cuyo tipo original y marcado pueden servir muchas de Madrid, y para las provincias la del tío Pampin de Palencia. Sin embargo, desde Moratin hasta nosotros algo hemos adelantado.

La muger enamorada ó que aparenta estarlo, procura desacreditar á sus rivales para con su amante, de un modo mas ó menos ingenioso y atinado: en este punto el sexo bello demuestra un talento y una habilidad sorprendentes, sobre todo si la muger que se halla en este caso carece de instrucción y de mundo, y si su educación es vulgar ó descuidada. Entonces se reúne la falta de confianza en su propio mérito y recursos, y apela á rebajar las buenas cualidades de todo género que posean sus competidoras.

Las beatas, que suelen ser mas falsas que mulas de alquiler, después de estarse rezando en la iglesia, salen, y desde la puerta comienzan á murmurar muy bonitamente de todo el mundo, incluso el mismo cura y hasta el sacristan, creyendo que con rezar mucho todo está compuesto; así como ciertas mugeres independientes que presumen ser buenas y cristianas á pesar de su vida licenciosa, porque tienen en su habitación la imagen de una virgen ó de un santo, porque van á misa antes que cumplir con las citas amorosas, recordando esto la conducta de aquellos ladrones de la casa de Monipodio en Sevilla, de que habla Cervantes en una de sus novelas, y los cuales de lo que robaban iban echando una limosna en un cepillo en adoración de Nuestra Señora, diciendo al mismo tiempo que «cada uno puede servir á Dios y ganar su vida honradamente».

P. D. El que aprende á tocar algun instrumento y no adelanta nada porque es un zopenco; echa la culpa al maestro, de quien dice que no sabe enseñar. Igualmente acontece respecto del baile, del canto, de la escritura, etc., etc.

El que tiene dependientes ó subordinados se persuade ó pretende persuadir á los demás que aquellos no saben su obligación y que le comprometen, y ellos dicen de su jefe que no sabe mandar.

Un literato difícilmente encuentra exentas de grandes defectos las composiciones de otros. Aquí tiene aplicación aquel refrán: «¿Quién es tu enemigo? el de tu oficio.» No solo sucede así entre las personas, sino también entre las corporaciones de todas clases, entre las familias, entre los pueblos y entre las naciones. Cada siglo se jacta de ser mas instruido y civilizado que cuantos le han precedido; de un modo ó de otro evitan conceder la preferencia. Los griegos llamaban bárbaros á los extranjeros; para ellos eran sinónimos estos términos, y tenían la arrogancia de creerse descendientes de los dioses, y dotados de un instinto, de un talento y de un gusto superiores á todas las naciones que habian figurado anteriormente en la historia. Los romanos no poseían menos orgullo y altivez; su genio está pintado en este lema: *Tu regere imperio populos, romane memento*. Los invasores de la Europa meridional en el siglo V no se conceptuaban inferiores á ninguna otra nación, á lo menos en las armas y en la guerra: Atila decia de sí mismo «que era el azote de Dios en la tierra». El siglo XIX se declara á sí mismo civilizado por antonomasia, y blasona de ser mas célebre que sus predecesores. El XVIII se proclamó ilustrado é innovador por excelencia y por sistema, despreciando las tradiciones y la historia. De suerte que cada siglo va diciendo mal de los que pasan, recordando así aquel suceso de un pleiteante que perdió el litigio, y de vuelta, al ser interrogado acerca del resultado de sus pretensiones, por un amigo suyo, contestó: «Yo el pleito lo perdí, pero he llenado de improperios á los señores de la sala.—¿Cómo es posible? replicó el otro.—Sin duda ninguna, solo que les hablé desde lejos, á una legua de distancia.»

¡Cuánto se reirán de nosotros los siglos posteriores á pesar de nuestra decantada civilización! ¡Cuánta lástima tendrán de nuestra ignorancia en materias de gobierno, de nuestra esterilidad en la resolución de los grandes problemas de la economía política y de la administración, de tanto nombre vacío de sentido, de tanta institución contradictoria, absurda y ridícula, de tanta superficialidad, tanto engaño, tanta miseria!...

Los viejos murmuran de los niños y los niños de los viejos: aquellos esclaman: «En nuestra época la juventud era mas morigerada, las costumbres eran mas puras, el respeto á la virtud y á la ancianidad era mas elevado; las diversiones mas inocentes, los delitos muy raros, en fin, todo era inocencia y candor.» Después todo ha ido variando y degenerándose paulatinamente. Los jóvenes defienden enteramente lo contrario. Unos y otros ven la sociedad por diferente prisma y en circunstancias diversas. El resultado es que segun Rousseau, «el viejo es un hombre niño;» y por consiguiente, entre ser niño de un modo ó de otro, siendo en el intermedio tonto, majadero, sandio ó cualquier otra cosa por el estilo, allá se va nuestra existencia.

Lo cierto es que en todos los períodos de la historia y en todos los países del mundo siempre ha sido mayor el número de los pícaros y de los necios, cuya segunda parte se prueba con un texto de la *Sagrada Escritura*, y respecto á la existencia de la primera, esto es, de tantos pícaros y tantos tontos que disfrutaban además de una fortuna, es forzoso confesar que es uno de los argumentos mas fuertes de la verdad y eternidad de la vida ultramundana. En todos tiempos ha habido mas ó menos ladrones, estafadores, robadores de doncellas, etc., etc. La Mitología, que tiene su filosofía y sus aplicaciones, nos demuestra lo mismo, por medio de sus mitos y símbolos. Los titanes quisieron subirse á las barbas al padre Júpiter, con la intención de republicanos en rebelión, queriendo lanzar del trono al presidente del Olimpo. Júpiter andaba hecho un D. Juan Tenorio corriendo tras de las diosas y de las ninfas, aquí te pilló, allá te atrapo; ora se convierte en Huvia de oro, ora se trasforma en toro, ideando constantemente mil travesuras, como un estudiante tronera ó cadete que acaba de salir del colegio. Pues ¡qué diremos de Caco, de Baco y de otros moicos de la propia laya? El origen de las naciones y repúblicas mas célebres de la tierra, se explica por crímenes y atentados de todo género. Los primeros pobladores de la Grecia fueron unos aventureros; los de Roma, unos bandidos, la escoria de cada casa de otros Estados. Interminables fueran estos ejemplos y esta reseña, si tratase de insistir sobre esto; pero para nuestro asunto basta una muestra, á guisa de retazos de paño en el mostrador de un comerciante.

El que da á la prensa una obra supone que es la mejor de cuantas se han escrito sobre la materia, y suele estampar en el prólogo una frase como la que sigue ó otra equivalente: esta publicación lleva notables ventajas á todas las anteriores que tratan del mismo asunto. Verdad es que en la de F. se encuentran datos muy curiosos, pero su estilo es desalinado y bajo; que en la de M. tiene un lenguaje florido y seductor, mas carece de profundidad é interés; la de P. no omite ninguna de las importantes cuestiones que componen el fondo del asunto, si bien adolece del defecto de alguna oscuridad en los pensamientos y de digresiones inoportunas. El trabajo que ahora se ofrece al público reúne todas las cualidades apetecibles, y su autor se ha propuesto hacer un conjunto de todo lo mejor que se ha impreso sobre el particular, etc., etc.

A proporción que los pueblos son de menos vecindario, la murmuración y la maledicencia van aumentando, porque existen mas motivos para que aquellas campeen en su elemento. En esas villas y lugares en que todos los habitantes se conocen desde sus cuartos abuelos; en que cada uno sabe perfectamente lo que comen los demás, si rábanos, si judías, si guisado ó cocido, á qué hora y de dónde les viene para mandar, en que cada vecino sin salir de su casa puede poner de manifiesto, cual en un vasto panorama, todas las escenas, circunstancias y situaciones de las restantes familias de la población, á guisa de diablo cojuelo, pero sin andar por encima de los tejados: donde la botica es el núcleo de los chismes y habillitas, y se convierte por las noches en una velada de sarses en que todos á cual mejor esgrimen la tijera y cortan de lo lindo; donde los paseos, las visitas, las tertulias presentan una monotonía insufrible, interpolada con alguna que otra novedad ó badajada; donde falta de grandes y variadas diversiones, de concurso de personas de diferentes clases y condiciones, de cierto grado de cultura, de civilidad y de ilustración, se vive bajo un horizonte limitado y mezquino, ¿cómo no ha de ejercer la murmuración un poderoso influjo? Allí todo se desfigura y desnaturaliza: el hombre virtuoso pasa por un hipócrita; el estudioso y aplicado adquiere el predicamento de insocial y estravagante; á la muger bien educada y amable la llaman coqueta, á la uraña y grosera, recatada; al que se enriquece por su conducta y ahorros, pícaro y ladrón; al que dilapida su hacienda, humano y generoso, y así con todo lo demás.

De esta pasión de decir mal del prójimo no se han visto exentos aun los hombres mas ilustres. Voltaire decia que en España solo habia un libro bueno, el Quijote, el cual se burla de los demás. Montesquieu dijo que las leyes de los visogodos eran absurdas, ridículas, hinchadas en el estilo y vacías en el fondo. Dumas viene á España y describe nuestras costumbres desnaturalizándolas y forjándolas también á su albedrío; achaque comun á todos sus compatriotas.

No siendo posible hallar remedio para este vicio, mejor será dejar al mundo como está.

Madrid diciembre 16, 1852.

ANTOLIN ESPERON.

PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

CAPITULO VII.

Despotismo de los amos.—Viva la libertad.—La Bolsa de los perros.—El boulevard.—Un mal pensamiento.—Los titis.—El taladrador.—Un puntapié que me salva la vida.—Busco amo.—La estera.—Se abre la caza.—Un zapato por una alondra.

Al verme libre de mi amo, esperímenté una alegría vivísima y natural: era la primera vez que disfrutaba de una libertad ilimitada, y ya no estaria sujeto á que me llamasen cuando no me acomodaba, como me sucedia frecuentemente cuando era perro del 42 de línea. Es verdad que todos los amos son iguales, y que en vano se pasea un perro tranquilamente entre las piernas de los transeúntes, para hacerles hociocar contra el suelo; en vano emprende la carrera para apoderarse de la pelota de unos muchachos... ¡Bah! Su amo le silba, le llama y le es preciso acudir á la voz, so pena de probar el látigo. ¡Oh esclavitud! Al fin no tenia yo que temer estos percances: era libre, no conocia dueño. Daba saltos de contento en la plaza de la Bolsa, sin hacer caso de mi razon canina, que murmuraba en mis oídos algunas reflexiones, á las que no dejaba yo de contestar con otras que me parecían convincentes.

—¡Desgraciado! decia la razon; cierto es que no tienes amo, pero ¿dónde dormirás? Un amo te aporrea, mas también te da abrigo.

—¿Abrigo? respondia yo: ahí están las puertas cocheras que se han inventado espresamente para los perros.

—¿Y quién te alimentará?

—El que alimenta á los pajarillos.

Los reptiles encuentran alimento
Del bosque en la fresquísima verdura;
También encontraré huesos sin cuento
En los sucios montones de basura.

De este modo replicaba yo á la razon, parodiando cuatro versos que habia oído recitar á cierto actor trágico en el cupé de la diligencia. Habiendo impuesto silencio á mi adversaria con tan irresistible argumento, levanté el hocico para fijar el punto por donde debía dirigir mis pasos.

Cerca de un edificio, en el que entraba mucha gente, vi un grupo de perros, que me parecían muy entretenidos.

—Esos son perros libres, como yo, murmuré placentero, y están sin duda hablando de sus negocios, si he de juzgar por la atención con que se escuchan unos á otros. Acerquémonos.

Así lo hice, pero ninguno de ellos reparó en mí; adelanteme pues hasta el centro del grupo, y entonces oí ladrar por todas partes.

—¿Quién compra Norte?... Yo vendo Norte.

Otro aullaba:

—Compro Rouen... ¿Quién vende Rouen?

Yo estaba estupefacto, pues no comprendía una palabra de semejante guirigay, y en vano buscaba su explicación; cuando un perro de grave continente, que se hallaba algo separado de los demás, me hizo señas para que me acercase á él, y me dijo:

—Escucha, carlin; conozco en tu pergeño provincial que acabas de llegar á París: desconfía de esos perros, porque son bolsistas, es decir, perros de agentes ó corredores de cambio. Púsete en seguida al corriente de los agios de aquella Bolsa perruna, y nos separamos. Me alejé de allí escandalizado, y pronto llegué á los bulevares.

Así al menos me lo dijo un faldero, á quien pregunté el sitio en que me encontraba. El paseo me pareció agradable, y por lo mismo seguí adelante no sin mirar á derecha é izquierda, con el objeto de encontrar algún montón de basura que me proporcionase pitanza, porque anhelando mi libertad me había separado del mayoral, precisamente á la hora del almuerzo, y tenía hambre. ¡Ah! Había contado sin la huésped, es decir, sin el prefecto de policía, que disponía desapareciesen de París todas las basuras por la mañana.

—Será posible que nada encuentre yo para satisfacer el apetito? Y el hambre se aumenta por instantes.

De vez en cuando encontraba pastelerías al paso, y reflexionaba que, pues no me deparaba la fortuna la basura que yo apetecía, era preciso que recurriese al robo para vivir. ¡Qué moral! Hé aquí adónde puede conducirnos la holgazanería. ¡Cómo es eso! exclamareis. Ni mas ni menos, y si no, seguid mi razonamiento. ¿Para qué había deseado yo ser libre? Para permanecer ocioso y hacer únicamente lo que me acomodase: pues bien, si no fuese libre, tampoco tendría hambre, y si no tuviese hambre, no pensaría en robar. Este es un encadenamiento lógico, producido por la primera falta. Felizmente para los pasteleros y para mi conciencia, los pasteles estaban verdes, esto es, demasiado altos para mí, por lo cual me ví en la precisión de proseguir mi camino y de observar mi dieta. Aquel y esta me llevaron hasta los teatrillos del bulevar del Temple, donde no tardé en encontrar dos pilluelos, uno de los cuales hincaba los dientes con delicia en un pedazo de pan.

—¡Qué dichoso es! gruñí tristemente. Ea, ya que me ha sido imposible recurrir al robo, atengámonos á la caridad.

Acerqueme pues á los rapaces; pero hé aquí la conversación que les ocupaba, y que adiviné en consecuencia de lo que sucedió, porque si la hubiera oído, en vez de aproximarme á ellos me hubiera refugiado á cualquiera parte; por ejemplo, á un juego de bolos, donde mis semejantes son siempre muy mal recibidos: todavía se me eriza el pelo de mi piel al recordar lo que decían los pilluelos.

—Dime, Rompe-crismas, ¿piensas ver la comedia de esta noche?

—No, porque no canta el grillo: el amo me ha dado varios encargos, y esperaba alguna propineja; pero nada me han dado los parroquianos.

—¡Qué lástima! Tiene doce actos.

—No me hables de eso, porque se me parte el alma. ¡Si al menos encontrase un perro! El taladrador del arrabal da quince sueldos por el pellejo de los que le llevan, y de ese modo pagaría mi entrada y también unos zapatos usados.

—Esa es una gran idea; pues bien, veamos si anda algún perro por el bulevar, y lo pescaremos.

En aquel momento inoportuno fué cuando yo me acerqué á los interlocutores, atraído por el pedazo de pan de uno de ellos.

—Mira, Rompe-crismas, mira; ahí tienes uno, dijo el pilluelo que primero había hablado.

—Golpe en bola, repuso el otro; y viene hácia nosotros.

—Echale pan.

Rompe-crismas no se hizo repetir el consejo, partió un pedazo de pan y me lo alargó. Aquella generosa oferta me conmovió, y corrí hácia él... Un instante después me hallaba en los brazos del pilluelo, que un cuarto de hora mas tarde me presentó al taladrador, quien nos recibió en el teatro de sus infames ejecuciones.

—¿Qué me traes? preguntó al verme... ¡Ah! ¿Un carlin? No doy por su piel mas que diez sueldos.

Imposible me es explicar lo que sentí al escuchar estas palabras, que me abrieron los ojos acerca de mi posición, y me enteré de lo que se proponían hacer conmigo. Mi corazón se estremeció, y todos mis miembros temblaron, al paso que empecé á maldecir mis inmoderados deseos de libertad que á tan triste trance me habían conducido.

El pilluelo entre tanto parecía muy poco satisfecho.

—¡Diez sueldos! exclamó con desenfado. ¡Diez sueldos! Un carlin soberbio... porque al fin es hermoso.

El monstruo me adulaba.

—Vamos, me dareis doce sueldos...

—Lo dicho; no paso de los diez.

—Ea pues; ahí lo tenéis.

Ya iba á entregarme y á recibir el precio de su villanía, cuando un puntapié bien aplicado en la parte baja y posterior de su cuerpo le dejó sorprendido, obligándole á soltarme. No tengo necesidad de asegurar que aproveché al punto tan favorable circunstancia; así que, mientras el desollador sacaba de un cajón los diez sueldos y el pilluelo se frotaba la parte lastimada por el puntapié, desaparecí como un relámpago. El puntapié bienhechor fué obra del amo de Rompe-cascos, pues llegó á atisbar á este en el arrabal y le siguió para enterarse de sus malos pasos y darle una corrección, á fin de enseñarle el cumplimiento de sus deberes.

¡Oh amo generoso! A tu corrección debo la vida y la conservación de un pellejo al cual estoy sumamente apegado.

Viéndome en la calle, corrí á la ventura sin detenerme un punto, á fin de alejarme cuanto antes del teatro infernal en que el desollador se dedicaba á su infame comercio, autorizado para contribuir á la destrucción de la raza canina. Ahora pregunto yo, ¿de qué delitos podían acusarnos las autoridades de la capital?

Eramos preciso tomar un partido, y debo confesar que lo que acababa de sucederme en mi posición libre, había modificado mucho mis ideas de independencia, por lo cual empecé á desear un amo, con tanto ardor, como empeño había tenido aquel mismo día por abandonar el que tenía. Estas son las consecuencias de una buena lección á tiempo: el escarmiento y el desengaño.

¡Un amo! ¡Un amo! Este era mi mas ferviente anhelo, pero ¿dónde y cómo encontrarlo? ¿Quién me querría? Resolví entregarme á la casualidad y seguir al primer individuo que se me presentase. Pero no debía perder tiempo, porque se acercaba la noche y no me acomodaba pasarla entregado á mí mismo. Me coloqué en la esquina de una calle y vi pasar á un caballero, que acompañaba á una señora: me pareció buena gente, y me acerqué á ellos.

—Mira, mira cómo nos sigue ese perro, dijo el marido á su muger.

—¡Qué feo es! respondió esta torciendo el gesto.

Hice como que no había oído estas palabras, y continué siguiéndoles, esperándolos todo de mi perseverancia. ¡Vano intento! La dama notando mi obstinación me amenazó con la sombrilla: entonces me separé algunos pasos, pero sin abandonar la partida, porque siempre he sido testarudo, y á toda costa necesitaba un amo. Volví pues á la carga, pero el marido me atizó un bastonazo, que no me dejó la menor duda acerca de las malas intenciones que aquel matrimonio abrigaba respecto á mí.

—Volvamos á empezar, gruñí tristemente, pues de estos no saco tajada.

Dos ó tres veces se repitió la misma escena con otras personas, hasta que un hombre me permitió que le siguiese sin pronunciar una palabra. Llamó á una puerta, le abrieron, entró, hice lo mismo, subí por una escalera y subí tras él. Al fin se habían cumplido mis deseos y llegaba sin duda al término de mis afanes. Aquel hombre abrió una puerta en el piso segundo, y mas pronto que el rayo me escurri en su habitación. Mas no bien había ejecutado esta rápida maniobra, cuando me acometieron dos perros de caza. El hombre, que entonces reparó en mí por primera vez, volvió á abrir la puertita y huí á todo escape. Aturdido con el susto, subí al piso tercero, y allí encontré una estera, en la cual me acomodé temblando.

—Al menos, murmuré, no pasaré la noche al raso; dormiré y mañana será otro día.

Y efectivamente traté de acostarme, de lo cual tenía gran necesidad después de un día de continuas agitaciones y de peligros. Pero estaba escrito que yo debía pasar una noche deliciosa, y que, muy cerca de la estera, encontraría un amo complaciente y amable, al menos por el momento. Al lado opuesto de la puerta, junto á la cual me había acurrucado, oí la voz de un hombre que decía:

—¡Que desgracia! ¡mañana se abre y estoy sin perro! Cada cual llevará el suyo, y esto es humillante para un fabricante de gorros, que sale á caza por primera vez. Tanto peor, tanto peor. Voy á dar otra vuelta por la calle, y tal vez... Si pudiera encontrar uno...

Al abrir su puerta me pisó y lancé un aullido lastimero, al cual contestó el buen fabricante con un grito de sorpresa.

—¡Un perro! exclamó; el cielo sin duda me lo envía.

Sacó una luz y añadió examinándose:

—¡Y es zarco! ¡de casta de podenco! Pues señor, ya tengo lo que necesitaba.

El buen hombre no era muy fuerte que digamos en cuanto á conocer las razas caninas, pero yo me aproveché de su error. Hizome entrar en su cuarto, me colmé de caricias y de buenos bocados, dormimos como si no hubiese penas en el mundo, y al amanecer me llevó mi amo en su compañía. No tardó en reunirse con varios amigos, y estos no pudieron menos de reirse al verme.

—Es un perro magnífico, les dijo, y no hay que reirse; ya lo vereis.

Salimos al campo.

—Busca, busca, díjome mi amo, haciéndome entrar en un sembrado de remolachas.

Di principio á mi pesquisa, recordando los ejercicios que me hacían ejecutar los soldados del 42, quienes escondían un pañuelo á fin de que yo lo encontrase. Mis escarceos y corridas por los sembrados levantaron una alondra y mi amo la tiró.

—Muerta, muerta, gritó al mismo tiempo.

Sus amigos se mofaron de él, asegurándole que la avecilla había huido.

—Os digo que ha caído y que pronto la veremos. ¡Ah! mi perro acaba de encontrarla.

En efecto, acababa yo de hallar un zapato viejo.

—Trae'a, trae'a, exclamó mi amo.

Obedecí al momento, y apoderándome del zapato lo presenté victoriosamente enroscando la cola.

Imposible me sería describir la hilaridad que escitó mi llegada en medio de los cazadores: el pobre fabricante de gorros estaba en berlina, y vengó en mí las burlas de sus amigos, dándome tres ó cuatro puntapiés y declarando públicamente que me repudiaba. Llegó su crueldad hasta el extremo de intentar fusilarme, creyendo reparar de este modo su torpeza; pero sus amigos se interpusieron, alegando con razon que la falta era suya, pues me había supuesto perro de caza, y no mía, ya que nunca había cazado mas que en el plato, como se propusieron probarlo, con gran contento mio, durante el almuerzo, cuya hora había llegado.

RECUERDOS DE VIAJE.

(Continuacion.)

Monfortaine. — El parque y el palacio. — Ermenonville. — Sepulcro de J. J. Rousseau. — Mr. Emilio de Girardin. — Chantilly. — El palacio y los jardines. — Enghien y Montmorency.

En la parte superior, á la cual se sube por una mala escalera de madera, hay tres piezas, una que diz servia de dormitorio á su sirvienta, otra para él, y la tercera casi diminuta de gabinete de trabajo. Los muebles que le adornan, rústicos y mal trabajados como el todo del edificio, son los mismos, segun nos dijeron, que servian para el uso diario del atrabiliario filósofo. Parece que el antepasado del actual poseedor mandó fabricar aquel albergue, conforme con los deseos que le dió el mismo Rousseau al retirarse allí en los últimos años de su combatida existencia.

No es mi ánimo entrar aquí en el exámen de las obras, actos y vida entera de ese ser singular, que por algun tiempo

ha ocupado á la Europa con su nombre, ni de muchas de sus máximas y doctrinas que han adquirido cierta funesta celebridad; pero al recorrer los sitios que habitó, y al oír la relación de su manera de vivir, no creo que sea todo en él humildad y desprecio de las cosas mundanales; antes bien me parece que hay mucho de orgullo y de amor propio ofendido. El bueno de Juan Jacobo creyó sin duda echar en cara á la sociedad su ingratitud, y lo poco que atendía su mérito y saber; si su corazón era bueno, y su juicio recto como pretendió aparentar, su alma debió sufrir crueles tormentos al contemplar la gran parte que tuvieron sus doctrinas en las sangrientas escenas que mancharon para siempre su patria en los últimos años del pasado siglo.

La tarde avanzaba ya, cuando emprendimos, atravesando un camino pintoresco, la ruta de Chantilly. Esta posesion, patrimonio un tiempo de la familia de los Condés, cuya herencia ha recaído en el duque de Aumale, es verdaderamente régia, y digna en todo de una familia de monarcas. El palacio, que se encuentra por decirlo así enclavado en medio de dilatados y frondosísimos jardines, sin ser notable por la magnificencia de su arquitectura, reúne cuantas comodidades se pueden desear. El panorama que le rodea es encantador en extremo, y á decir verdad no es extraño que el placer y los amores se albergaran en aquel delicioso sitio durante el reinado del voluptuoso Luis XV. Nuestro compañero el diplomático se estábala figurarse las declaraciones amorosas que debieron escuchar aquellos encantadores bosquecillos de rosas, de los galantes cortesanos de Versalles. ¡Cuántos suspiros no se confundirían con el suave murmullo de los arroyuelos, que serpenteando entre variadas piedrecillas de mil colores, iban á depositar sus aguas cristalinas en el estanque vecino! Hoy lloran aquellos amenos prados su viudez; la nivelacion de la soberanía popular cuadra mal al que solo podía y puede mostrarse ufano con los esplendores de su trono. Unos cuantos días al año reúne el pueblo que se encuentra allí gran comitiva de aficionados á las emociones del hipódromo, pero el palacio y los jardines no responden á sus voces, porque no comprenden el lenguaje de la época: ¿que les importa que venza lady Clementina ó Turcarat? ¿Ni qué tienen que ver con los chales y capotas actuales, los que solo pueden sufrir las desnudas y rizadas cabelleras y los vestidos sostenidos por elegantes pajes?

A un lado de los jardines y dando frente á un espacioso parterre, que por su parte sirve de límites al vasto hipódromo, se eleva un suntuoso edificio, que á la simple vista cree el espectador que es otro palacio mucho mas suntuoso que el principal. Aquel pórtico, sin embargo, con sus elevadas columnas, sus ricos chapiteles y su espaciosa cornisa, no es mas que la famosa cuadra donde caben cómodamente sin incomodarse unos á otros y divididos por elegantes columnetas de madera que sostienen fuertes vallas, hasta doscientos caballos que, segun nos dijeron, tenia la rica casa de los Condés para su servicio.

Compónese la cuadra ó las caballerizas de un largo y espacioso salon de ciento cincuenta varas de largo por catorce de ancho, dividido en el centro por un templete ó rotonda coronado por una bella galería. Cuenta la historia que en los años juveniles de Luis XV, cuando las pasiones amorosas tenían mas entrada en su ánimo que la prudencia y el buen juicio del monarca, el príncipe de Condé dió en aquel lugar mismo un baile magnífico, del que ha quedado perpetua memoria. La rotonda se hallaba cubierta de arriba abajo de lujosísimos tapices, cuyos bellos colores realzaban gran cantidad de bujias colocadas sobre preciosas arañas de cristal y millares de arandelas. Una brillante orquesta ocupaba la galería superior. Nada revelaba á los convidados, que sentados en la magnífica mesa que habia en el centro, saboreando los mas raros y deliciosos manjares, donde se ocultaba el salon que habia de recibirlos para concluir con el baile las tareas gastronómicas de aquella fiesta singular, cuando á una señal del anfitrión, descorrieron las colgaduras que á derecha é izquierda cerraban el comedor, presentándose á su vista sorprendente, las cuadras perfectamente iluminadas, las plazas llenas de caballos, y junto á cada corcel, su mozo de cuadra con su correspondiente librea encargado de la completa limpieza de aquel sitio. A los cuatro extremos de cada salon ardian grandes pebeteros, derramando olorosos perfumes del Asia, y cuando ya se habia admirado hasta la saciedad aquel lujo deslumbrador, corrióse de un extremo á otro una inmensa cortina de tapices, que cerrando á los caballos en sus puestos, dejó formados á ambos lados del templete un espacioso salon. Allí lució sus gracias la régia comitiva durante la noche entera, volviendo á continuar las fiestas al día siguiente en el palacio y los jardines.

Cuando nosotros visitamos la magnífica posesion de Chantilly, las soberbias cuadras estaban cesantes: algunos murciélagos revoloteaban por entre sus altas techumbres, y los infinitos gorriones que vagan por aquellos alrededores, suelen anidarse en los días de lluvia y de tormenta, seguros de que nadie tratará de incomodarles en su retiro. Bajo la cúpula de que hemos hecho mencion, solo encontramos la pequeña cuadra ambulante, muellemente colocada sobre un carro de cuatro ruedas, destinada á trasportar sin cansancio, y con toda la comodidad posible, á los corceles *pursang*, que pertenecian al malogrado joven duque de Orleans, al sitio de las carreras de caballos. ¡Y se pretendiera después que la igualdad completa está en la naturaleza misma de las cosas! ¡Qué error tan triste, amigo mio!

(Continuará.)
LUIS MIQUEL Y ROCA.

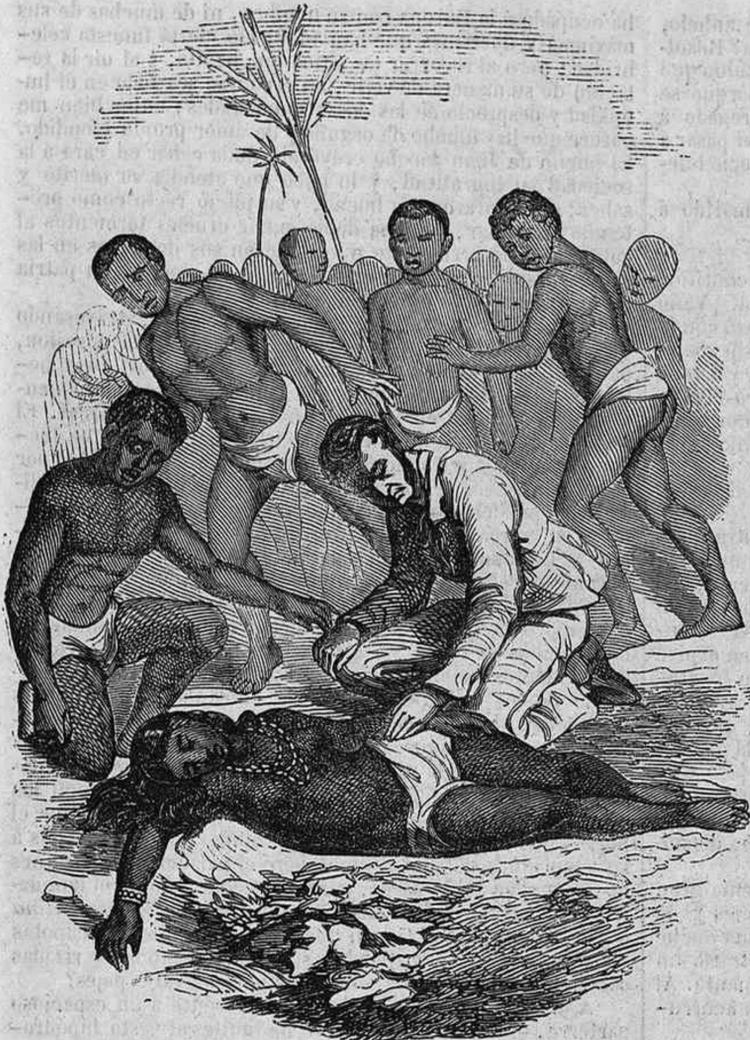
EL DESIERTO.

por Arago.

II.

TIGRE Y PANTERA.

Tres días de inaccion, de un tiempo bellissimo y de limitados paseos enervaban mis fuerzas, y ya me arrepentia de mis primeras correrías y de mis esperanzas, cuando unos espesos nubarrones, que procedian del Sur, me anunciaron un incidente, esto es, una distraccion, un placer, una felicidad. Di-



El desierto.

rigi una mirada investigadora á los camellos, y los vi inmóviles, de lo cual deduje que ninguna fiera amenazaba su indolencia. ¿Qué era pues aquello?

Era una caravana, que después de haberse perdido en el desierto, el cual atravesaba de Norte á Sur, se había corrido hácia el Este con la esperanza de encontrar un guia, y sobre todo agua dulce, porque el hambre y la sed habían diezclado á los árabes y á los negros de Angola que la componian.

Nunca he presenciado entrevista mas fria ni mas triste. Saludáronse con la vista: los que primero habían llegado señalaron con la mano á los últimos el manantial de agua en que apagáramos nuestra sed; se cambiaron en seguida algunos presentes, y las dos divisiones ó caravanas se entregaron al descanso, aunque con separacion, como si los hombres errantes en las soledades africanas no fuesen hijos de la misma tierra, como si no les calentase el mismo sol ni estuviesen espuestos á la cólera de los mismos elementos. ¿Cuál es la

patria de esos hombres negros ó bronceados? La manta que les sirve de lecho, la colina á que trepan, el desierto de arena que atraviesan y los bosques en que se ocultan... La patria de esos hombres es el mundo, ó mejor dicho, no tienen patria.

Por fin llegó el día; los árabes y los negros bebieron en el mismo manantial, y dirigieron sus preces los primeros á Mahoma y los segundos al leopardo, al cocodrilo, al sol, al tronco de un árbol...

Los recién llegados levantaron el campo al amanecer, y ya se separaban de los otros sin pronunciar una palabra, sin estrecharse las manos, cuando acercándome á un árabe, que hablaba algo el portugués, le pregunté adónde iba.

—A la Meca, me contestó.
—¿Pero antes?
—Al desierto.
—¿Y después?
—A Marruecos.

Inmenso fué mi contento: aquella caravana iba á Marruecos; mas para llegar á su capital debía arrostrar grandes peligros y huir de la region de las sabanas y de los bosques: érale preciso alejarse de la playa, cuyas sinuosidades detenian mucho tiempo al viajero, y en una palabra, penetrar en el desierto, cortándolo hácia el Oeste en línea recta, que era uno de los mas vivos deseos de mi corazón.

Después de las olas del Océano, las olas del desierto de Sahara; una emocion tras otra. ¡Ah! No es todo padecimiento en esta vida para el hombre estudioso. No tardé en hacerme camarada

de dos ó tres árabes, les manifesté mi resolucion de acompañarles hasta Marruecos, y ellos la aceptaron, si no con placer, al menos sin repugnancia.

Una hora después ya estábamos en camino.

Cuatro camellos, cargados de odres llenos de agua, abrian la marcha, con dos árabes, uno de ellos armado de un tridente de hierro y el otro de una trompeta de asta, á cuyos ecos debian contestar otros viajeros escalonados á iguales distancias. Detrás de los camellos iban veinte soldados con sables y fusiles, llevando de las bridas otros tantos caballos, que conducian mugeres y niños. Un intervalo de doscientos pasos separaba este peloton del segundo, que marchaba en el mismo orden, seguido del tercer grupo: el segundo llevaba en grandes cofres, forrados de hierro, las riquezas de toda la caravana, es decir, cierta cantidad de oro en polvo, pieles de leopardo, de león y de tigre, y muchos dientes de elefante.

La comitiva podia ocupar un espacio de media legua. La arena levantada por las pisadas de los cuadrúpedos, se elevaba é interrumpia la distancia que mediaba entre los grupos, y cuando me ponía á observar, al salir el sol ó á la hora del crepúsculo, aquella marcha extraña y ondulada, con arreglo á los caprichos del terreno, me parecia ver un boa monstruoso cortado en trozos, que procuraba recuperar la vida, aniquilada por el hierro.

El día siguiente de nuestra partida habíamos llegado ya al límite de los eternos bosques que pesan sobre aquella comarca maldita por el cielo. Después de una detencion de tres horas en un inmenso recinto cercado de peladas rocas, que levantaban sus negras cabezas, como otros tantos fantasmas ávidos de aire y de luz, y al primer sonido de los que dirigian las operaciones, proseguimos nuestra marcha.

Ni árboles, ni vegetales, ni sombras, ni verdor. Solo se ven algunas yerbas amarillentas que solo dejan de lastimar los duros cascos de los caballos y de los dromedarios. Mis fuertes zapatos claveteados me sirvieron mucho entonces, pero los pobres árabes tenian por la noche los pies ensangrentados y cubiertos de heridas.

Corriéndonos siempre hácia el Este, abandonamos aquella zona espinosa y encontramos un terreno pedregoso de difícil acceso. Serpientes de color gris y de otros mezclados, semejantes á las que había ya visto al dejar la costa, se despertaban al ruido de nuestros pasos, silbaban y huian con la rapidez de la fecha hácia mansiones mas tranquilas,



El desierto.

al paso que muchos cuadrúpedos pequeños, de hocico puntiagudo y parecidos á las ratas, se levantaban sobre sus patas traseras y caian muertos á palos ó á flechazos, que les disparaban los negros. La carne de estos animalejos economizaba la que conducian los camellos, y con su piel, en extremo suave, hacian los cazadores una especie de sandalias protectoras, que les eran de gran utilidad contra la aspereza de los guijarros.

La arena reemplazó á estos, y entonces empezó verdaderamente el desierto.

Descansamos de nuevo. Se compararon los relojes de arena de cada grupo, resonaron al contacto de unos palos los odres llenos y los camellos estenuados perecieron, para que sirviesen de alimento á la prudente caravana, que no recurrió á los viveres de reserva hasta el último caso.

Por tercera vez se levantaron las tiendas, y por la primera subió hácia el Eterno una plegaria general. Me admiró



El desierto.



El desierto.



Aventuras de Carnage.

colta aguerrida; sin duda lo comprendió así y se alegró al encontrar frente a frente un adversario menos temible.

El tigre y la pantera se hallan ya á pocos pasos uno de otro: el primero solo tiene que defender sus ijares elásticos y nerviosos, la segunda es el único auxilio de sus hijuelos, que le piden socorro y que cuentan con ella.

La lucha debe ser horrible y sangrienta. Silencio.

Las miradas de los dos justadores son centellas; sus rugidos, truenos; sus resoplidos amenazas; sus dientes estuches de hierro, y sus uñas, garfios que deben despedazar las entrañas. Las caras se contraen, la piel leonada de sus frentes se arruga, sus garras se hincan con rabia en el suelo: ambos se envían, como preludio de su cólera y de su odio, bocanadas de un aliento fétido, que les hace saborear, de antemano, el banquete, del cual uno de ellos ha de hacer los honores á costa del otro.

Las lenguas de los dos rivales se asemejan á un agudo aguijón ó mas bien á una ascua de fuego, sus quijadas se dilatan, y de sus abiertas bocas salen rugidos roncós y cavernosos.

La pantera no se mueve y el tigre se adelanta hácia ella. No es un cuadrúpedo que camina con la frente erguida, sino un reptil que se arrastra, porque conoce que será vencido si no mata al primer salto: además quiere sangre, porque la sangre es su único deseo, su único placer, y como allí hay sangre que beber, se embriaga con sus esperanzas.

La pantera se ha puesto delante de sus hijuelos, que jugueteaban desgarrándose las pintadas pieles.

Los antagonistas lingian que no nos habian visto, ó al menos nuestra presencia les incomodaba muy poco.

De repente se arrojan dando un salto espantoso: las quijadas se ceban; las uñas penetran en las carnes. Pegados sus pechos, los dos corazones parece que no despiden mas que



Aventuras de Carnage.

ciertamente la creencia de aquellos hombres que prosternados hasta tocar el suelo con sus frentes y vueltos hácia el Oriente, pedían á su profeta que les hiciese atravesar el desierto sanos y salvos.

La plegaria llegó al cielo. No bien habian terminado los cánticos de gratitud y de amor, cuando resonó en nuestros oídos un grito formidable. Los camellos se agitaron convulsivamente, los caballos con las crines erizadas se apretaron cabeza con cabeza, volviendo grupas al enemigo, como si se negasen á mirarle cara á cara, ó mas bien, como si no quisiesen ver llegar la muerte que les amenazaba. Los árabes, acostumbrados á escenas semejantes, se colocaron en frente de la caravana, y los negros indecisos parecían que aguardaban órdenes para ocupar un puesto cualquiera.

Es casi imposible que un león ó un tigre se arrojen sobre una caravana, sin que cubran el suelo pedazos de carne palpitante; y como el instinto de las fieras les dice que el hombre es su mas temible adversario, á él es á quien acometen con preferencia y se regocijan cuando derraman su sangre.

Subí á mis zancos y de este modo registré todo el horizonte: señalé el peligro, indicando con la mano el lado por donde venia, y hácia él se dirigieron todas las fuerzas.

Era un tigre que se nos acercaba dando saltos. Dirigímonos á él: por mi parte abandoné los zancos y me puse junto á Zingáé, el mas apuesto é infatigable árabe de la caravana, y que mandó que algunos negros, muertos de miedo y enteramente bozales, nos acompañasen. Iba á preguntarle por qué se hacia seguir de aquella gente pusilánime, pero me esplicó por gestos, previniendo mi curiosidad, que era preciso sacrificar algunos de aquellos desgraciados, para salvar á los mas valientes y poder así dar cuenta de la fiera.

Poco después vimos á tiro de fusil al habitante del desierto, y ya examinábamos con cuidado los cebos de las armas, cuando un incidente imprevisto nos hizo esperar un espectáculo, de que solo pueden ser testigos los mas dichosos exploradores.

Elevábase á nuestra derecha un montecillo de arena brillante, mezclada de colores rojos, y creímos notar que detrás de ella, como de un horno mal apagado, subían ligeros vapores que se desvanecían entre la brisa.

Al punto se dió la órden de cercar el montecillo: oblicuamos pues el paso hácia la derecha y divisamos una hermosísima pantera accurrada sobre una porción de huesos calcinados y cubriendo con sus patas á dos hijuelos.

Zingáé me dió á entender que permaneciésemos estacionarios, significándome que no éramos nosotros los que debiamos combatir.

—Me alegro, le contesté, con tal que haya drama. Me gusta la lucha entre un tigre y una pantera, pero mas me gustaria la de un hombre contra la pantera y el tigre juntos.

Este último no se dirigió hácia nosotros: la caravana era grande y la es-



SUEÑOS DORADOS.

La madre y la hija.



PROYECTOS POSITIVOS.

El esposo y la esposa.

un solo latido. Son dos amigos que se abrazan y no quieren separarse; dos enemigos irreconciliables, de los cuales es indispensable que uno muera.

Aquella inmovilidad no es la calma: la arena está enrojecida, pero la vida de tan terribles combatientes es muy dura, y se necesita el rayo para detener el movimiento de sus arterias.

Sorprendido é indignado de una resistencia que no esperaba, aléjase el tigre como para tomar aliento. La pantera respira y pasea su lengua por sus entreabiertos ijares. Al verla distraída, se arroja el tigre sobre sus hijuelos, mata al primero con las garras y al segundo de una dentellada, y da la vuelta para gozar de su triunfo.

No será esta muy durable: la pantera rugie furiosa al ver á sus hijos sin vida; se convierte en leona y se lanza sobre el tigre. Este no se levanta ya de la arena.

Quería yo perdonar la vida á la pantera, pero la bala de Zingáé decidió lo contrario, y al dia siguiente sirvieron cuatro cadáveres de alimento á las hambrientas fieras de aquellas soledades.

El gozo de la caravana fué inmenso: los lances del combate que acabábamos de presenciar fueron el asunto de todas las conversaciones, y los árabes dieron gracias al profeta por haber sido testigos de él, como si aquel sangriento preludio de la marcha no debiese presagiar alguna triste catástrofe.

III.

EL HURACAN.

Habiamos atravesado el bosque, en cuya ladera se acababa de verificar el combate; el dia llegó á su término sin otro accidente, y el campamento se estableció en una vasta llanura, en medio de la cual se elevaban grandes montones de una arena resplandeciente.

Ya se comprende que las caravanas elijan esos sitios del desierto, lejos de toda vegetacion, prefiriéndolos á los bosques frondosos, donde habitualmente se ocultan las serpientes, los tigres y los leones.

El dia siguiente se anunció terrible y amenazador: ni un soplo de brisa, ni una sola nube en el horizonte: sentíamos en nuestros doloridos cuerpos agudas picaduras, al paso que de nuestras frentes, á pesar de la sombra que daban las tiendas, corrían arroyos de sudor.

Allá á lo lejos, en el horizonte, se dibujaba un punto negro imperceptible: aquel punto subia, se aumentaba, estendia sus brazos como un dominador, se apoderaba del espacio y parecia que anhelaba estender su imperio en toda la naturaleza. Se asemejaba á los rayos de ópalo de la luna entre ruinas solitarias. El montecillo mas ligero podia caer sin la menor oscilacion, porque la atmósfera estaba pesada y mada, y de vez en cuando, aquella masa compacta que nos estrechaba, sofocándonos, aparecía cruzada por rápidos relámpagos, que partiendo del cenit se perdian en reflejos de fuego. Era una tempestad tropical, uno de

esos terribles diluvios instantáneos que se precipitan sobre los navios inquietos y amenazadores.

Hé ahí que se desencadena en gruesas gotas de agua abrasadora: no tarda en disminuirse su diámetro, pero su número se aumenta: llegan amontonadas, verticales y rudas, y hieren la tierra que se abre, las tiendas que se desgarran, los lomos de los dromedarios que se agitan y se rebelan, como si sintiesen el látigo del conductor. Es el preludio del choque; la primera advertencia del desorden. De pronto se abre el cielo, el trueno retumba y la atmósfera estalla y se abrasa; el fuego y el agua se disputan la conquista del mundo, y en tanto que el resplandor de los relámpagos nos deslumbra, para dejarnos poco después sumidos en profundas tinieblas, montañas de agua que se desprenden de las nubes, llegan a apagar el incendio, que crece con nueva furia y se generaliza por la resistencia. Cualquiera diría que el Océano, después de haber abandonado por algunos instantes su dominio, vuelve colérico á reconquistar el puesto que el Supremo Hacedor le ha destinado.

Las flagelaciones de la tempestad no han penetrado en la tierra, solo han maltratado la superficie, de modo que el mar de arena se ha convertido en un fangal, el líquido espeso corre, salta, arrastra y destruye cuanto encuentra.

La caravana se ha dispersado, pero el instinto de la propia conservación ha dicho á sus individuos que solo en los montes de arena encontraría seguros puertos contra los torrentes invasores. En ellos nos reunimos casi todos y pudimos admirar el imponente espectáculo que se presentaba á nuestra vista.

Nunca ha presenciado un explorador panorama mas imponente: nunca han resonado en sus oídos tan tremendas amenazas: nunca se ha paseado la muerte en torno suyo con mas esperanzas de seguro triunfo. Una mar inmensa con su flujo y reflujo; olas terribles que se encabitan, que chocan unas con otras, despidiendo rios de espuma para caer como cascadas y perderse entre las sinuosidades arenosas con horrible estrépito; cadáveres de serpientes, figurando las mismas ondulaciones como cuando vivían; tigres rugiendo y luchando con todas las fuerzas de sus músculos contra el furor de las olas vagamundas, y por únicos buques en aquel Océano de un día, de algunas horas, las crestas amarillentas de los montes de arena escalonados, y espuestos á ser devorados por el feroz elemento...

Después que el huracán va á descargar en otra region mas lejana su rabia impotente, es cuando aquella inmensidad brumosa se reviste de nuevas formas y trastorna todos los cálculos, todas las provisiones de la inteligencia. Las aguas corren, se deslizan, bajan, se amontonan y huyen como enemigos derrotados, de tal modo que no parece sino que la arena y la vegetación vuelven de nuevo con grandes bríos para apoderarse del terreno.

Tres horas de tempestad; tres horas de padecimientos, de angustias, y tambien de éstasis.

Nuestras provisiones se averiaron, las tiendas se rompieron, pero no perdimos hombres ni cuadrúpedos, y me causó por lo mismo sumo placer la visita del fenómeno meteorológico, pues pude comparar el huracán del desierto con el del Océano.

Ambos, conocidos con el nombre de *chubasco*, son majestuosos é imponentes; pero el peligro es mucho menor en el mar que en aquellas inmensas soledades, y en medio del silencio del desierto, que crea una religión.

Resonó la trompeta, y dos, tres, cuatro señales contestaron á sus ecos: los camellos hicieron alto, y algunos minutos después nos entregáramos al descanso.

La primera comida se verificó poco después de aparecer el sol, y la segunda cuando se pone; mas como el crepúsculo es sumamente corto en las regiones ecuatoriales, y la noche sucede al día casi instantáneamente, se hace alto para dormir después de comer, á no ser que la luna ilumine el camino que se propone seguir la caravana. Entre las dos comidas se hace otro alto para beber, y no es raro que se prolongue hasta la noche, cuando el sol, sin el estorbo de las nubes, abrasa la atmósfera, abre en la tierra profundas grietas y mata la energía. Cada día se designa un jefe de esperiencia, de edad madura; se coloca un odre en medio de los viajeros de cada grupo; estos se sientan en esteras, y beben por turno en un codo, siendo el último que lo hace el jefe, quien procura economizar el vivificante licor de una manera bastante ridícula. Cuando cree, por ejemplo, que el codo contiene algunas gotas de agua mas que las convenientes, da golpecitos con su vara en la garganta del bebedor: este es castigado severamente si no cesa de beber, desobediendo aquella orden dictada por una equidad religiosa. A veces puede mas la sed que la disciplina; pero en este caso el bebedor queda privado de la ración siguiente.

La distribución de víveres no se efectúa con tanta regularidad: el jefe juzga del apetito de todos, sin apelacion, y se colocan sobre hojas de bananos grandes trozos de camello, de caballo, de buey y de carnero, cocidos y salados.

Siempre se distribuye por la mañana, y nunca por la tarde, la ración de aguardiente. La prudencia aconseja esta costumbre, porque las cabezas hierven después de haber estado espuestas á un sol abrasador, y no pocas veces se apodera la locura del cerebro del viajero poco acostumbrado á las fúrnas correrías del gran desierto africano.

Ocho días hacia que habíamos dejado atrás la region de los grandes vegetales: un viento ardiente, semejante á las exhalaciones de un horno, nos había acompañado, sin dejarnos respirar un momento. Un caballo, precisamente el que llevaba la mejor carga, fué acometido del vértigo y huyó relinchando horriblemente: las balas dieron cuenta de su locura, y cuando nos acercamos á él para quitarle los víveres y tesoros, de que estaba cargado, le encontramos vivo, pero con los ojos centelleantes y girando en sus órbitas, las narices echando fuego, el pelo erizado, los músculos convulsivamente agitados, y moriendo con rabia la arena, sobre la cual se retorcia. Cinco minutos después quedó inmóvil, y al día siguiente servía de pasto á los cuervos que atravesaban el espacio.

Pero este episodio no era el único que debíamos presentar aquel día fatal, en que el termómetro Reaumur señaló setenta grados al sol y treinta y siete á la sombra. El cielo nos reservaba un espectáculo mas palpante y mas terrible, una de esas escenas de luto y desolacion, cuyo recuerdo nunca se

borra, y que se presenta mil veces á la imaginacion en las dolorosas noches de insomnio.

Habíamos concluido la segunda comida, cuando en la tienda inmediata á la que yo ocupaba resonó un ruido de voces confusas. Corrí á ella: los árabes y los negros habían salido al raso; una muger, su marido y dos esclavos procuraban sujetar á una jóven de quince años, que mordía y destrozaba cuanto se le ponía por delante. Sus padres eran los objetos predilectos de su furor: cuando no podía ofenderles, lanzaba á sus rostros fétidos salivajos de una baba verdosa, y si conseguía, á costa de esfuerzos sobrenaturales, librar los brazos, rasgaba con sus uñas el seno que la había alimentado, y golpeaba la cabeza de su padre que pedía al cielo por ella. Aquella furiosa profería blasfemias é imprecaciones contra los que la sujetaban.

De pronto y en un momento de calma y estupor, durante el cual los que con ella luchaban atendían á recobrar las agotadas fuerzas, dió la jóven un chillido frenético y empezó á reírse y á dar vueltas á derecha é izquierda: acto continuo emprendió una carrera con la rapidez del ciervo.

Todos corrimos tras ella, llamándola con las palabras mas afectuosas, pero fué en vano; la jóven no se detuvo; la locura le había prestado sus alas y desapareció de nuestra vista. Llegó la noche, y no sabiendo adónde dirigirnos, volvimos al campamento.

Amaneció, se levantaron las tiendas y nos pusimos en marcha siguiendo el camino que, á juicio nuestro, había llevado la jóven en su desesperada fuga.

No habíamos andado tres cuartos de legua, cuando encontramos sus vestidos hechos pedazos. Sin duda había sido devorada por una fiera.

EL TRABAJO Y LA PEREZA.

Pascábanse en Cambray dos amigos cierta tarde á orillas del Escalda, por una magnífica alameda de árboles, que lleva el nombre del santo arzobispo, una de las glorias de la catedral evangélica, pues la tradicion nos dice que Fenelon era muy aficionado á dicho paseo. Uno de aquellos hombres parecia como de veinte años, y el otro, de mas edad, revelaba en su fisonomía recientes desgracias: el crespon de su sombrero y su traje hacían presumir que el luto de este penetraba hasta su corazón. Hablaba despacio, y el jóven le escuchaba con una atencion que denotaba una confianza interesante.

De pronto interrumpió su plática un quejido lamentable, y un mendigo se les acercó implorando su caridad y pidiéndoles limosna. El mas jóven sacó una moneda del bolsillo y la echó en el sombrero del pobre con viveza, para desembarazarse de su importunidad. Su compañero iba á imitarle, cuando fijando la vista en el mendigo, exclamó:

—¿Cómo! ¿Eres tú, Blaireau?

El interpelado era un hombre todavía jóven, de figura endeble, pero con yo rostro, aunque trabajado por la fatiga, espresaba inteligencia.

Pareció como que reconocía á la persona que le hablaba, y le contestó con embarazo, moviendo con una mano su sombrero y llevándose la otra á la frente, por la costumbre que tenia de saludar militarmente.

—¡Ah! sí, capitán, yo soy.

—¿Estas estropeado ó inválido para entregarte á la mendicidad?

—Salgo de un hospital militar y me han dado la licencia por mi enfermedad.

—Y á tu edad preferes recorrer los caminos públicos y vivir de la limosna que obtienes tu importunidad y que te arrojan con disgusto, á ganar honradamente la subsistencia por medio del trabajo. Cuidado, Blaireau, que sigues una ruta que conduce á la cárcel, tal vez á presidio, y tú no has nacido para eso, porque en el regimiento era notoria tu buena conducta.

—¿Y qué queréis que haga, mi capitán? No sé ningún oficio: soy hijo de no sé quién, criado en un hospital; cuando salí de él no tuve mas remedio que engancharme. Mientras permanecisteis en el regimiento, fuí feliz, porque me tomasteis por asistente y me dispensabais de toda fatiga por mi mala salud; pero cuando murió vuestro hermano en aquel fatal desafío y nos dejasteis...

Al llegar aquí el mendigo, inclinó el capitán la cabeza y se desprendieron dos lágrimas de sus ojos.

—El que os relevó, prosiguió Blaireau, era duro y severo; el servicio se hizo insoportable para mí, y enfermé. Después de pasar muchos meses ya en un hospital, ya en otro, me declararon tísico, inútil para el servicio, y tuve que recibir la licencia. Cuando salí del hospital me hallaba sin recursos, sin asilo, y no sabiendo adónde dirigir mis pasos, no encontré otro medio que abogarme ó mendigar. Esto último es lo que he hecho.

—Ya lo veo, par diez, y has obrado mal, porque debías haberte procurado una ocupacion, que sin fatigarte, te hiciera vivir. Ya que eres inteligente, no emplees para perderte los bienes con que te ha dotado la Providencia. Toma veinte francos; si quieres puedes hacer mal uso de ellos, porque te es fácil engancharme; pero si eres juicioso te servirán para algo, y te ayudaré si me necesitas. Compra, por ejemplo, una canasta y un gancho, recoge los trapos viejos, y de este modo ganarás unos veinte sueldos diarios; tambien te fatigarás menos siguiendo mis consejos, que esponiéndote, como lo haces, á la intemperie de las estaciones. Si tienes buena conducta y emprendes el oficio que te he indicado, te daré lo necesario para que vayas á París, donde ese ramo del comercio es muy lucrativo. Adios, mi pobre Blaireau; hé aquí las señas de mi casa; irás á verme, y con tal que yo halle en tí un hombre que inspire interés como en otro tiempo, y no un perezoso y un mendigo, como hoy, haré por tí todo lo que pueda.

Dichas estas palabras se alejaron los dos amigos, y Blaireau, haciendo los mejores propósitos de mudar de vida, fué á tomar un cuarto pobre y modesto, que le pareció delicioso.

Hacia tanto tiempo que no se había acostado en una cama! Trascurrieron seis semanas. Cierta noche, al entrar el capitán en su casa, extrañó mucho encontrar delante de la puerta á un hombre decentemente vestido. Acercose á él, y el

desconocido, después de hacerle un saludo militar, le dijo:

—Soy yo, mi capitán, y vengo á veros, ya que me lo habeis permitido; es algo tarde, ya lo sé, pero voy á marchar y he querido despedirme de vos y daros las gracias.

El capitán le miraba sorprendido.

—¿Cómo! ¿No conocéis ya á Blaireau? Verdad es que desde que me encontrasteis en la alameda estoy algo cambiado: mi barba larga ha desaparecido; un traje limpio, ya lo veis, ha reemplazado á mis harapos, y llevo buenos y fuertes zapatos: poseo mas aun, satisfaccion y contento en el corazón, y dinero en el bolsillo, añadió sonriéndose y dando un golpecito en la escarcela que llevaba en la cintura.

—Sí, sí, te conozco perfectamente, y no me admira el cambio de tu persona, sino de tu posicion, porque al fin nadie llega á millonario con el oficio de trapero; pero entra en mi habitacion y cuéntame tus proezas mercantiles.

Luego que ambos estuvieron sentados delante del fuego de la chimenea del salon, Blaireau empezó á referir de este modo lo que llamaba su historia:

—Es preciso confesarlo todo ¿no es verdad, mi capitán? Pues bien: aquella pieza de oro que me disteis me inspiró al pronto ideas culpables, pues calculé las botellas de vino que podría beber. ¡Ah! Muy pronto nos hacemos los hombres viciosos cuando nos domina la pereza. Pero recordé vuestros consejos, lo bondadoso que fuisteis siempre conmigo en el regimiento, y he querido daros gusto, después de una lucha violenta entre los consejos de la prudencia y la direccion de mis malos instintos. En vez de ir á la taberna me metí en un cuartito, en el cual dormí como un rey. Al día siguiente estaba tan contento y orgulloso por la victoria que había conseguido sobre mí mismo, que no sosegué hasta hacerme con la canasta y el gancho de que me habíais hablado. La casualidad quiso que me encontrase á una vendedora de ostras que me regaló una cesta; y el gancho me costó dos sueldos. Al momento empecé mi trabajo; al poco tiempo estaba mi cesta llena de trapos, por los cuales me dieron cinco sueldos: la llené por segunda, tercera y cuarta vez, de modo que el primer día se realizó vuestro pronóstico, pues gané veinte sueldos. Ya comprendereis mi satisfaccion, y que desde entonces resolví seguir la senda que me habíais trazado. Determiné tambien economizar para vestirme, á fin de venir á daros las gracias, porque me habeis salvado mil veces mas que la vida.

De este modo proseguí por espacio de un mes. Una mañana que me ocupaba en rebuscar trapos viejos al lado de la casa de postas, encontré una cartera. La cojo, la abro... contenia diez mil francos en billetes del Banco. Entonces, mi capitán, cubrió mis ojos una nube espesa y se doblaron mis rodillas. Guardé la cartera y me propuse huir; pero una voz resonó en mi conciencia... era la vuestra que me decia: ¡Ladron!... ¡Ladron!... la pereza conduce á presidio... Dios quiso por fin que yo saliese triunfante de aquella prueba: fui á casa del comisario de policia y le entregué la cartera, retirándome satisfecho por haberme desembarazado de aquella suma, que me abrasaba el corazón y los dedos.

Al día siguiente encontré en la calle al comisario, quien me conoció al punto y me preguntó:

—¿No me entregaste ayer una cartera?

—Sí señor, le contesté.

—¿Y por qué te marchaste sin decirme tu nombre?

—Estabais muy ocupado, y además me figuré que no necesitabais saber mi nombre, sino el del propietario de la cartera.

—Ved que tienes talento, repuso el comisario sonriéndose, y que eres un hombre honrado: vete á mi despacho dentro de una hora y quedarás contento de mi proceder.

Satisfecho de aquellas palabras, fuí exacto á la cita, y encontré en casa del comisario á un caballero grueso, de buena cara, que se acercó á mí y me dijo:

—¿Con que tú encontraste mi cartera?

—Sí señor, le respondí después de saludarle.

—¿Y por qué no la guardaste? La suma no era mala para un pobre diablo como tú.

—Porque no me pertenecía, repliqué con enfado, porque aquella pregunta me ofendió en extremo. Hago un mes que renuncié á la ocupacion de mendigar... y no lo hice para convertirme en ladron.

Mi respuesta agradó al caballero, quien me dirigió varias preguntas respecto á mi persona. Le conté mi historia, mi encuentro con vos, vuestros buenos consejos y la manera con que los he seguido. Él me escuchaba sin pestañear y mirándome fijamente, como si quisiese leer en el fondo de mi alma.

—Ahora bien, me dijo después que concluí mi relacion; yo necesito un hombre de confianza: tú sabes leer y escribir, y así te recibo á mi servicio.

—Os doy las gracias, le contesté, pero mas quiero ser trapero que criado.

—Es que no serás criado, sino mozo de caja en mi casa de comercio. ¿Te acomoda?

—Con mucho gusto.

—¿Te crees con fuerzas para desempeñar ese cargo?

—He sido cabo, y muchas veces reemplazaba al sargento. En cuanto á lo demás, si dudais de mí, informaos de mi capitán.

—No te haré esa injuria, y me fio de tu palabra. Ahí tienes cien francos, deja tu cesta y tu gancho, que el señor comisario entregará al primer mendigo que imite tu noble ejemplo. Compra ropa, despidete de ese buen oficial, cuyos sabios consejos te han abierto el camino de la probidad y del trabajo, y vuelve á encontrarme para que tomemos el camino de París, adonde me dirigia cuando la pérdida de la cartera me ha obligado á detenerme aquí desde ayer.

He obedecido estas órdenes con gusto, como podeis presumir, mi capitán, y aquí me tenéis dispuesto á emprender un viaje.

El capitán estrechó afectuosamente las manos de Blaireau, cuyos ojos se llenaron de lágrimas al esclamarse:

—Nunca, nunca olvidaré lo que habeis hecho por mí; nunca saldrá de mi corazón el recuerdo de vuestras bondades, porque vos me salvasteis del abismo en que iba á precipitarme. Vivid seguro, capitán, que Juan Blaireau se portará siempre con honor, y que si alguna vez le acomete un mal pensamiento, bastará vuestro recuerdo para impedirle que sucumba.

Iba á marcharse ya el buen Blaireau, cuando su protector le detuvo diciéndole:
—Te había ofrecido facilitarte los medios necesarios para que fueses á París, si tu conducta merecía mi aprobación, y si llegabas á ser un hombre laborioso. Has sobrepujado todas mis esperanzas, te has conducido perfectamente, y tienes, por lo tanto, derecho á mi amistad, que te concedo desde este instante. Quiero al menos que lleves un recuerdo, en memoria de nuestro encuentro, que ha sido tu primer paso en la buena senda. Toma este reloj: siempre que mires en él la hora, te recordará un amigo que siempre pensará en tí, y pedirá á Dios que bendiga tus buenas resoluciones y las recompense con una próspera suerte.

(Continuará.)

EL LOCO DE SAN SERVOLO.

NOVELA.

(Conclusion.)

El siguiente día empecé su retrato. ¡Con qué placer doloroso, con qué deseo febril, insaciable siempre, la contemplaba horas enteras! Aquella muger cuyos ojos dirigía yo á mi antojo sobre los míos, á la que imponía yo la espresion que había de dar á su semblante, debía sin duda, cuando concluyera yo mi trabajo, arrojarne de nuevo al mundo como un desconocido. Mi trabajo progresaba lentamente. Irritado contra mí mismo, me reconvenía por haber aceptado; veía los colores pálidos, los contornos lánguidos y desprovistos de vida; días enteros de un trabajo impropio no solían dar por último resultado mas que algunas pinceladas. Nunca me habían aterrado dudas tan crueles sobre mi inteligencia en la pintura. Aquel tipo adorable de distinción y de nobleza, aquel encanto en la mirada y la sonrisa me parecían de imposible reproducción. No sé si ella notaría mi turbación: es lo cierto que me suplicó que no borrara las facciones que por centésima vez tracé. D. Ferrante á su vez me demostró la admiración que le producía mi obra, y me acusó de ser harto severo conmigo mismo. Vime pues obligado á apresurar un poco la conclusión del retrato.

Generalmente permanecía solo con la princesa, que se complacía en obligarme á que la refiriera la historia de mis primeros años, mis sueños de gloria y el tiempo que pasé en el taller de Robert. Me hablaba de mi madre con esa delicadeza que se tiene para tocar una herida dolorosa aunque antigua... No puedo decir á V. qué revolución se operó en mí: una parte de aquella inteligencia noble y elevada, de aquel gusto esquisito para todo, descendió hasta mi alma y me iluminó. Conoció que hasta entonces no había yo comprendido en las artes mas que la forma: desde entonces empecé á penetrar su esencia, su alma.

El retrato estaba concluido, pero lo que yo temía no sucedió. No hay sociedad tan hospitalaria como la italiana. No se encuentra la política fría, glacial de los salones de París, que le rechaza á V. como un muro de hierro. La bondad preside siempre en la acogida que se dispensa al extranjero. Me habían admitido ya en la confianza íntima de la familia. El príncipe, fiado en el marques de P... y en las recomendaciones harto lisonjeras de mis amigos de Roma, me consideraba como á un gran pintor, me consultaba sobre las compras y ventas que hacía de cuadros, y no podía pasar sin mí. Les acompañaba á todas partes: al teatro Carlo-Felice, á oír cantar á David en *Beatrice di Tenda* ó en la *Gemma di Vergy*; á los paseos en carruaje por la orilla del mar, ó en el delicioso valle de la Polcevera. No tenía yo esperanza de ser amado nunca por la princesa: aquella frente serena y pura que no revelaba las huellas de ninguna pasión devastadora, aquella sonrisa infantil é ingenua que no tenía que ocultar preocupación alguna, me asustaban con su tranquilidad y su candor. Si se inclina V. á la orilla de un lago de la Suiza ó de la Saboya, é interroga V. sus aguas azules y profundas, le será á V. difícil creer que la tormenta pueda agitarlas. La princesa no conocía el amor, se había casado con el príncipe sin placer y sin repugnancia, por obedecer tan solo á los deseos de su familia. Con dificultad se hubieran hallado dos caracteres mas opuestos. Tan profunda era la fé de la princesa con respecto á las artes y á las bellezas morales, tan espontáneo y vibrante era el eco que hallaba en ella todo lo que era grande, noble, generoso, como su marido era prosaico y naturalista. Aquel innovador supuesto, alimentaba, no obstante, ideas vetustas, conservaba el desprecio tradicional que profesaban los magnates de remotas épocas á los poetas. Así es que decía un día en que hablábamos delante de él de nuestros libros favoritos:

—Querida Norina (la llamaban con frecuencia así por uno de los preciosos diminutivos tan frecuentes en la lengua italiana), por mas que os desagrada, la raza de los poetas me es profundamente antipática. Entre todos los compositores de frases, henchidos con su orgullo y con sus *sesquipedalia verba*, solo hay dos á quienes he podido perdonar: Byron y el conde Alfieri. No porque me importa su *Saul* y su *Don Juan*, libros que nunca he podido leer sin bostezar, sino porque aquellos dos hombres tenían un conocimiento verdadero de los goces y comodidades de la vida. Alfieri, por ejemplo, hizo un viaje espresamente á Londres para traer buenos caballos.

Seguramente que D. Ferrante despreciaba harto su idioma nativo para conocer las memorias del tético y sombrío poeta del Asti; refería tan solo un hecho que habría oído á algun dandy de París ó de Londres, en los salones del cónsul de Francia.

—Me parece, príncipe, le respondí sonriéndome, que para ser consecuente con vuestros principios no debíais apreciar en Alfieri al joven elegante, sino al autor de la *Conjuración de los Pazzi* y del *Tratado de la tiranía*.

Hacia algun tiempo que la princesa parecía sufrir cuando oía á su marido manifestar de aquella manera su desprecio hacia la poesía; creí leer en sus ojos, que se encontraron entonces con los míos, una espresion de profundo disgusto. Noté además alguna variación en su carácter; no manifestaba ya esa confianza, esa familiaridad que autorizaban las costum-

bres italianas; evitaba frecuentemente el quedarse sola conmigo. ¡Cómo evocar ese dios misterioso que reside en lo mas recóndito del corazón de las mugeres!!!

Quizás adivinaba mi amor, ó tal vez, sin motivo alguno, y por un mero capricho de gran señora, me privaba de su afecto. Quizás... pero mi imaginación no podía fijarse en otra idea.

Una noche me estaba paseando en los jardines del palacio con el príncipe y el marqués de P... Me dejaron para irse al teatro, adonde me negué á acompañarles. Era una de esas noches espléndidas de que no tenemos ni la menor idea en nuestros climas del Norte; acababa de salir la luna sobre la colina de Abars; su claridad caía como una cascada sobre las esculturas de blanco mármol y los grupos de árboles; las olas del mar, que blanqueaban la playa con su espuma á lo lejos, no dejaban oír mas ruido que el que pudiera producir el gemido de un niño; la atmósfera estaba impregnada de esos perfumes tan sutiles que embriagan.

—¡Qué lástima, me dijo la princesa, que se hallaba detrás de mí sin que yo la hubiera sentido llegar, que en esta noche hermosa no se puedan leer algunos versos del Petrarca ó del Dante!

—Me considero muy dichoso, princesa, al poder satisfacer uno de los deseos de V. He tenido en mis manos con tanta frecuencia las obras de esos eminentes poetas, que podría recitar á V. muchas de sus páginas.

Y la dije el undécimo soneto del *Canzoniere*:

Se la mia vita dall'aspro tormento...

«Si mi vida pudiera resistir el áspero tormento que sufro, lo suficiente para ver la influencia de los últimos años nublar la luz de vuestros ojos, y platear vuestros rubios cabellos, y ver á las guirnaldas y galas de la juventud abandonados, y marchitarse ese rostro que ahoga mis quejas en el pecho mio: entonces sin duda el amor me daría ánimos para declararos cuáles fuerón los años y los días de mi martirio. Mi dolor recibiría quizás el tardío consuelo de algun suspiro...»

Mi voz tenía un acento tal, que la muger mas ignorante de los misterios del corazón no hubiera podido equivocarse: no era ya el poeta el que hablaba...

Hubo un momento de silencio. La princesa dijo, como para apartar de su mente las ideas importunas que acudían á ella en tropel:

—¿Ha existido Laura, ó cree V., como Mr. Bosselli, que solo sea un símbolo?

—¿Por qué negar, señora, su existencia? Está harto evidente, para no haber vivido esa muger que dió un giro tan elevado á las ideas de Petrarca, que fué su ilusión irrealizable, que le vió sufrir años y años enteros, y no quiso nunca apiadarse de él. ¡Ah! ¡Dios mio, tuvo razón! ¡Qué la importaba aquel amor ardiente y lleno de abnegación que existió en el corazón del poeta hasta que exhaló el último suspiro, y mucho tiempo después de que ella desapareciera del mundo!

—¡Hé ahí los hombres! exclamó la princesa abandonándose á la amargura de sus pensamientos. Todos son unos fanfarrones de amor: hablan de él sin cesar, y ni siquiera le conocen. Petrarca podía decir al mundo entero que era desgraciado: se oía aplaudir. Se aturdió con el ruido que producían sus versos. Abnegación es una palabra que se pronuncia muy fácilmente; pero practicarla á la faz del mundo, á las claras, no es difícil... es obrar, por lo menos... es vivir!... Lo que desgarró el alma, lo que mata, es amar en secreto, sin permitirse siquiera el desahogo de un suspiro. ¡Nosotras, las mugeres, sabemos morir llevando al sepulcro nuestro secreto!

—¡Oh señora! me ha comprendido V.; es V. un ángel del cielo... No trate V. de ocultar su rostro con las manos. No aparte V. sus dulces miradas de las mías. Ahora puedo alzar mi frente, puedo desafiar á la suerte y á los hombres; sé que soy amado.

—Por piedad, caballero, compadézcame V. ¿No vé V. que estoy loca, que no sé siquiera lo que digo? Oh! no me crea V., por piedad, no me crea V.!

Me prosterné á sus pies, mis labios sellaron sus manos, sobre las cuales caían lágrimas ardientes; uno de mis brazos rodeó su esbelto talle... Hubiera querido morir así!!!... De improviso hizo ella un esfuerzo desesperado, se desasí de mis brazos, y huyó hacia el palacio.

No salí del jardín; pasé la noche mirando á la ventana de su habitación, en la que se vió brillar una luz hasta que amaneció. Arribaba yo mi abrasada frente á las estatuas de mármol, para refrescarla, y aspiraba con salvaje delicia las perfumadas emanaciones de los limoneros y las adelfas. El amor echaba un tupido velo sobre mi razón, y me quitaba la facultad de pensar.

Al rayar el alba, cuando la frescura del rocío me indicó que el sol iba á salir, me deslicé como un malhechor por encima de la pared del jardín al paseo de Acquasola, que estaba en aquella hora completamente desierto.

Mis fuerzas se agotan, me veo obligado á interrumpir mi narración. Si esta le ha inspirado á V. algun interés, vuelva mañana á la misma hora, porque mas tarde no me encontraría V. Habré acabado de morir!

Estreché su mano y salí de la estancia, no sin dirigir antes otra mirada de sorpresa á aquel hombre que parecía predecir con tanta exactitud la hora de su muerte.

El siguiente día tuve buen cuidado de no olvidar la cita de Bernardo. Le encontré mas pálido aun que la víspera. Su rostro empezaba á cubrirse ya con las sombras terrosas de un cadáver: no pertenecía ya á la vida mas que por la palabra y el movimiento. Me señaló con la mano una silla que había á su lado.

—No ha venido V. demasiado pronto, me dijo: dentro de una hora no tendría fuerza suficiente ya para satisfacer su deseo de V.

La felicidad se parece á esa planta de los trópicos que solo florece una vez en cada siglo. Si en el momento de florecer rompe el huracán su tallo, es harto corta la vida del hombre para que confíe en volver á aspirar los aromas de la flor maravillosa.

Cuando volví aquel día al palacio de Cerano había en él una animación extraordinaria, los criados andaban de una parte á otra con paso rápido, otros estaban cargando cofres en coches de viaje. Pregunté por los príncipes, y me dijeron

que hacia dos horas que habían salido de Génova, entregándome al mismo tiempo una esquela de D. Terrante concebida en estos terminos:

«Un capricho repentino de la princesa nos obliga á salir ahora mismo para Castel-San-Savinio, sin tener tiempo para despedirnos de V. ni arreglar nuestro equipaje, cuyo envío le ruego á V. que apresure. He querido resistir al principio á este deseo que surgía de una manera harto imprevista para ser razonable; pero la princesa ha llorado y me ha jurado que se moriría si no estábamos en camino antes de la tarde. Verdadero tirano doméstico, me ha hecho ceder ante su voluntad. Adios, querido pintor, no le jugaré á V. la mala partida de convidarle á fastidiarse con nosotros en la triste y solitaria Calabria. Espero hallarle á V. el invierno próximo en Génova ó Nápoles.

»Siempre vuestro,

TORELLI.»

Doña Leonor huía de mí, ó no me amaba, ó temía mi amor; no había tenido confianza en mi honradez, en mi lealtad. Una desesperación muda y sombría se apoderó de mí. Quise montar á caballo, alcanzar el carruaje y precipitarme debajo de sus ruedas. Un sentimiento generoso prevaleció: «que no turbe su reposo el remordimiento de haber ocasionado mi muerte, que viva feliz.» Regresé á mi habitación, en la fonda de la *Croce di Malte*, en la que pocas horas antes me halagaban tan dulces ilusiones. Tenía que arreglar algunas cosas, quemar algunos papeles que no quería que llegaran a manos de nadie, y un retrato de ella, copia clandestina del que poseía el príncipe. Antes de destruirle quise estar contemplándolo dos horas: el reloj señalaba las ocho; una de mis pistolas estaba cargada y cebada. ¡Me había olvidado de Dios y del porvenir en la otra vida!

Cuando sonaron las diez campanadas era ya completamente de noche. Apoyé el cañon de la pistola en mi frente... En el momento de apretar el gatillo, pronuncié como un último adios el nombre de aquella por quien iba á morir: Norina! Norina!... y reconcentré todas mis facultades intelectuales en esta invocación postrera!

Sucedió entonces una cosa extraña. Es V. muy dueño de no creerme, caballero; pero le juro á V. por mi reposo eterno que mi lenguaje es el de la verdad en todo lo que le voy á referir. La puerta no se había abierto, ni oí ningun ruido de pasos, pero una voz bien conocida me respondió dulcemente: «Aquí estoy.» Mis ideas se confundieron, la pistola se me cayó de la mano y rodó á mis pies; distinguí confusamente en la oscuridad una blanquísima aparición.

—Sí, continuó diciendo la misma voz, un poder irresistible me arrastra hacia tí y me absuelve. No puedo contener esta palabra fatal que se escapa, á pesar mio, de mis labios: yo te amo!

Quise lanzarme hacia ella, pero un gesto de horror me detuvo.

—No te acerques! no te acerques! Si trataras de tocarme, romperías el encanto y no podríamos vernos... Al huir de tí, creí morirme; mi corazón ha sufrido todas las ansias mortales que tú experimentabas, pero me he trasfigurado. Dios ha permitido que te salvara y que te impidiera que cometieras un crimen!

—Ángel divino, has venido á tomar posesion de mi alma que te pertenecía ya. Yo respetaré el blanco velo con que te rodeas. Me contentaré con adorarte con la vista y con la voz.

Entonces hubo una efusion inefable y misteriosa ternura que se prolongó hasta las altas horas de la noche.

Cuando palideció en el cielo la ardiente diadema de estrellas y luceros, solo oí estas palabras: «Hasta mañana! hasta mañana á las nueve!» La aparición se desvaneció como un sueño, y me sepulté en la torpe pesadez de un sueño profundo. No sé cuánto tiempo duró.

Me desperté. Era ya de día claro; todo mi ser se estremeció como el agua que acaba de agitarse en una vasija. Mi corazón y mi inteligencia tenían haber sido juguete de un sueño; creí mi razón trastornada; una esperanza efímera luchaba aun en mi cabeza, y me aseguraba la realidad de los sucesos de la noche anterior. Había dicho ella: «Hasta mañana! hasta mañana á las nueve!» Pasé el día atormentado por una incertidumbre y una angustia mortales. Un instante, un solo instante iba á decidir mi vida, mi felicidad, mi razón: si ella me aparecía, era yo un pobre loco, víctima de mi pobre imaginación que se creaba fantasmas. Hubiera valido cien veces mas que me hubieran matado la víspera, antes que asistir á mi propia ruina.

Ah, caballero! nunca se ha sufrido tan cruelmente el suplicio de la ansiedad é incertidumbre; yo contaba las horas, los minutos, hasta los latidos de mi corazón... Pero cuando dieron las nueve, cuando se adelantó el minutero hacia el momento fatal, hubiera deseado retrasar su curso inflexible, poder prolongar aun algunos instantes las pocas ilusiones que me quedaban... La primera campanada de la hora tan deseada cuanto temida, resonó para mí cual si hubiera pegado en mi corazón. Tuve miedo... y frío... Cerré los ojos y me dejé caer en un sillón.

—¿Por qué dudas de mi amor? dijo entonces en tono de reconvencción la voz encantadora de la aparición. Muy poco amor me tienes aun, cuando la fé te falta.

En fin, volvió todas las noches. Cuando llegaba la hora, una languidez deliciosa se apoderaba de mí; una melodía celestial resonaba en mis oídos; se me figuraba que perfumes desconocidos anunciaban su aproximación. Para mantenerme por el día en aquel estado estático, buscaba en la música esos acentos que hacen flotar en la superficie del alma las ilusiones que reposan en sus pliegues mas profundos. La union entre su sustancia inmaterial y yo era cada día mas íntima. La idea que empezaba á surgir en su cerebro concluía de desarrollarse en el mio. Aquella alma angelical no tenía secretos ya para mí; no podía envidiar yo nada á D. Ferrante; mi parte era mejor que la suya.

Conquisté un mundo de cosas que hasta entonces ignoraba. Me sentía prodigiosamente impulsado, como por magnetismo desconocido, hacia las ideas mas elevadas, y ciertas atracciones sublimes; una trasformación completa se operaba en mí.

Me consideraba feliz al pensar solo por inspiraciones su-

ras. En este cambio recibía yo mas de lo que daba. El genio, las luces penetraban al fin en mi inteligencia, que habia estado embotada por el sueño. Muchos hombres definen el amor como una especie de paternidad ejercida sobre un ser débil, al que se impone el dominio de la voluntad, cuya superioridad se reconoce con la misma impaciencia que el Indou fanático que confía en ser absorbido por la divinidad de Brahma; aspiraba mas y mas á encarnar en mí mismo sus ardientes emanaciones, el soplo de su inteligencia y de su vida. Me esforzaba para realizar desde luego esa fusion entera, completa, sin restriccion, de dos seres que se aman, tal como la anuncia Sivedenborg para el otro mundo.

Sentía elevarse mis pensamientos como si no hubieran estado sujetos en la tosca materia del cuerpo. Esta trasfiguración, este desarrollo de lo inmaterial que hay en nosotros, se efectuó en ella y en mí en una época marcada de la existencia, salida del germen celestial, aniquilada generalmente por las preocupaciones de la sociedad; nunca un alma se halló tan libre, tan despojada de la atmósfera de las inquietudes y las pasiones del mundo. Génova fué mi Pathus de estática intuición. Norina habitó en mí como Dios debe habitar en el corazón de los santos.

interno que me consumía. Sentí accesos de furiosos celos contra D. Ferrante. Fui atrocemente desgraciado: lo que habia considerado hasta entonces como una dicha inefable, me pareció un suplicio atroz. Puedo confesarlo ahora que he espiado bastante mi crimen: una idea infernal cruzó mi mente, olvidé la pureza constante de Norina, y lo extraño y quasi sobrenatural de su aparicion. «Ella ha venido á buscarme, decía yo; lo que quiere es sucumbir: me espondré á todo, la estrecharé entre mis brazos, aunque me hayan de anonadar todas las potencias del universo. Prefiero la muerte á esta angustia terrible.»

Sostuve infinitas luchas, resistí muchos dias á este pensamiento constante que me atormentaba. Cuando apareció Norina trataba de alejarme, y aparecia triste y preocupado cuando mas la amaba. Ella se quejaba amargamente de la variación que observaba en mí. Al fin se agotaron mis fuerzas.

Una noche que repetía ella sus reconvencciones, la dije: —Oh Norina! voy á decirte al fin lo que por mí pasa... no puedo vivir... me mata el poseerte solo á medias!... y me lancé hácia ella con una impetuosidad furiosa. Exhaló Norina un grito de angustia terrible... cual nunca le oí... Mis brazos, que estendiera hácia ella, solo un vacío hallaron... ¡ya no

dichosa sin límites, que referí á V. antes, ¡qué suplicio tan espantoso es una soledad llena de fantasmas y desesperación! Ignoro cuánto tiempo hace que estoy aquí; pero si se han de contar las horas por lo que se sufre en ellas, he vivido aquí muchos siglos.

Sin embargo, á medida que mi cuerpo ha ido decayendo roído por la fiebre de la ansiedad, mi alma, como la ampolla de aire que sube á la superficie del agua, se ha elevado hácia otro mundo y ha penetrado en sus arcanos. Norina no ha cesado de amarme, ha sufrido como yo; nuestros lazos terrestres se van á romper á un tiempo; y la misma hora nos llevará al otro mundo, á la vida eterna y verdadera.

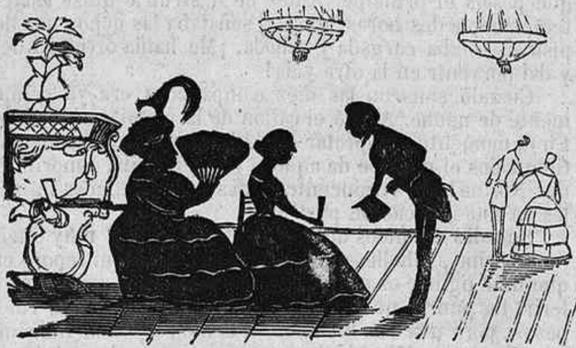
Déjeme V., déjeme V. solo, estoy perdonado; Norina va á venir por última vez. Crean que muere en Calabria; ¡pero morirá aquí, conmigo, cerca de mí!...

Me indicó con ademán suplicante que me marchara; sus ojos permanecian desmesuradamente abiertos: salí de la celda, y llamé al guardian de los Armenios.

Volví al dia siguiente lleno de presentimientos que no traté de disipar. A la altura de San Clemente se cruzó con la mia una góndola que llevaba un ataúd, y á su lado un sacer-

HISTORIA DE UN SUICIDIO.

NOVELA SACADA DE LAS MEMORIAS DE MUCHOS MARTIRES.



Capítulo primero.—La invito.



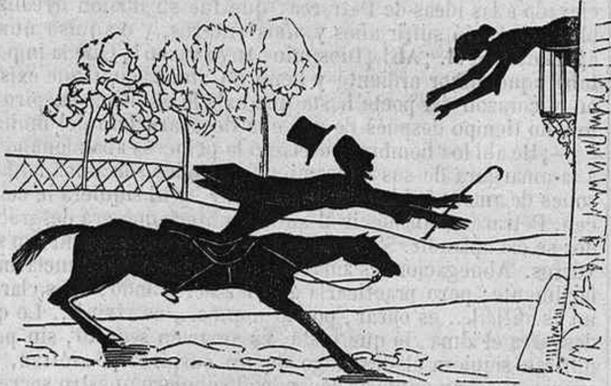
Capítulo II.—La estrecho en mis brazos.



Capítulo III.—Vuelve la cabeza para mirarme. ¡Oh felicidad!



Capítulo IV.—¡Si me viese!



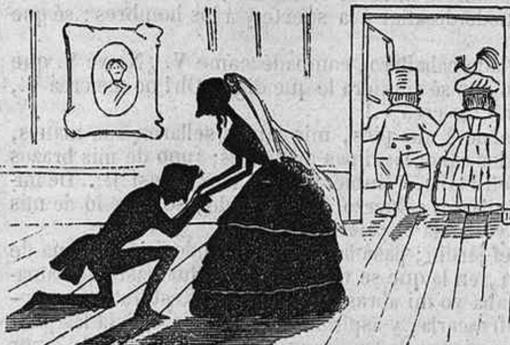
Capítulo V.—¡Me ha visto!



Capítulo VI.—¡Me ve!



Capítulo VII.—Mi padre pide su mano.



Capítulo VIII.—¡Es mía!



Epilogo.—Siete años después.

Todas esas aspiraciones ardientes, todas esas palabras de amante entusiasmo prodigadas por los grandes poetas italianos á su Laura ó á su Beatriz, las echaba yo á los pies de Norina como joyas dignas exclusivamente de su belleza moral.

Dos meses trascurrieron de esta manera. Seria menester emplear palabras que no han sido inventadas aun por el hombre, para hacer á V. una descripción exacta de lo feliz que fui en este tiempo. Mis trabajos permanecian interrumpidos. Temia, si dejaba la ciudad de los duxes, perder aquel ensueño precioso que era ya mas necesario para mí que el aire que respiraba.

—Ve, me dijo el ángel, no temas, prosigue tus trabajos y tus estudios, que mi vision te acompañará á todas partes.

Me fui á Milan á adorar en la Bresa la Virgen del Sposabizzo, semejanza divina de la princesa, tal como se la habia revelado sin duda el cielo al pintor de Urbino. Fui á Venecia, visité con piadoso esmero los sitios que habian presenciado el fin desgraciado, de mi malogrado maestro Leopoldo Robert, y la ventana por la cual se arrojó al encuentro de la muerte.

Pero no sé qué influencia maldita se introdujo en mis horas de éstasis. Aquellos momentos de dicha empezaban á ser incompletos para mí, y no hacian mas que atizar el fuego

habia nadie ante mí! El encanto... se habia rotó para siempre!... Caí desmayado sobre el pavimento...

El desgraciado demente se debilitaba por momentos, y tuve que interrumpir su narracion. El viento zumbaba entre los cipreses y adelfas del convento de los Armenios, produciendo un sonido triste, semejante en un todo á un gemido humano. Al cabo de un momento prosiguió con voz lenta y cascada:

—Tuve un delirio espantoso: no sé qué dolores infernales y desconocidos atacaron horriblemente mi imaginacion. Durante muchos dias y muchas noches mi alma y mi cuerpo se desgarraron... cuando volví en mí estaba en este hospital de locos.

Verme espulsado del mundo p-ra siempre, entre los que en lo escala de los seres animados apenas se sabe si estan colocados en grado superior á las bestias, no escité tristeza alguna en mi alma. Pero lo que ha constituido mi continuo y diario suplicio, ha sido el esperar inútilmente, á la hora de costumbre, la visita de mi ángel protector; el verme abandonado, renegado por ella; el remordimiento, la conciencia íntima de haber merecido este abandono, este olvido; y mereceria mil veces mas, si hubiera algun tormento mas cruel que el que yo he estado sufriendo. ¡Ah, caballero! después de la vida,

dote orando. Mi impaciencia devoraba el espacio. Tenia un sentimiento profundo por no haber estrechado el dia anterior, por última vez, la mano del desgraciado hijo de Ginebra.

Cuando llegué al hospicio, me dijo el religioso á quien habia visto los dias anteriores:—Viene V. muy tarde: su compatriota de V. ha marchado ya á ocupar su última morada.

Me lancé otra vez á la góndola, y mandé á los remeros que me llevaran al cementerio de San Cristóbal. Estaba desierto. No vi mas que un pescador sentado en su barca componiendo sus redes; en el convento inmediato de San Miguel, algunos frailes cantaban las salmodias lúgubres de la muerte. Me arrodillé en un sitio recientemente cavado en el hoyo comun. En vano pregunté al hombre que habia desaparecido el enigma de su vida.

Quizás el hombre, á quien consideraban un pobre loco, era un verdadero *vidente*, que existió en medio de sensaciones que no nos es dado comprender.

Permanecí así una hora abismado en reflexiones ilimitadas. Cuando me levanté, la tranquilidad habia vuelto á mi alma. Una voz interior me decía que aquel extranjero cuya muerte lloraba yo, era por fin feliz, y gozaba para siempre de la gloria eterna.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.